

FEDERACIONES DE ESPAÑA

“GRANDES MUROS SON LOS DE LA POBREZA”

*El voto de pobreza en el Carmelo Teresiano
contemplativo femenino*

CUESTIÓN PRELIMINAR

EL CONTEXTO SOCIOLOGICO Y EVANGÉLICO DE LA POBREZA MUNDIAL

1. *¿Soy consciente de la realidad sociológica y evangélica de la pobreza en el mundo en que vivimos?*

Según Vita Consecrata, la pobreza evangélica es un don en sí misma, en cuanto evoca la prime Bienaventuranza en la imitación de Cristo pobre, y, especialmente para nosotras contemplativas, es una llamada a dar testimonio de Dios como la verdadera riqueza del corazón humano.

Convencidas de esta afirmación y con el deseo de vivirla en plenitud, constatamos que hay diversidad en la manera de ser conscientes de la realidad sociológica y evangélica de la pobreza en el mundo que vivimos. Muchas coincidimos que, dentro de los límites que conllevan el pertenecer al mundo de los “privilegiados” que no sufren en propia carne la pobreza material, y dada nuestra opción de vida contemplativa, que no supone un trabajo de primera línea en el servicio de los más necesitados, en general en nuestras comunidades carmelitanas hay una gran sensibilidad respecto al tema de la pobreza en el mundo.

Somos conscientes de que cada vez hay más distancia entre los países del norte y del sur. Mientras el mundo progresa en Occidente y los países ricos son cada vez más ricos, los países pobres son más pobres. Pocos países poseen el capital equivalente a la suma del PIB. Ahí están las alarmantes estadísticas. Esto nos indica que la realidad sociológica, cada vez es más compleja. La riqueza está mal repartida poniendo de manifiesto la existencia de fondo de un pecado estructural grave, fruto del egoísmo y la insolidaridad, convirtiéndose en un verdadero atentado contra la dignidad de la persona humana.

Destacamos que las comunidades que tienen la experiencia de vivir en un barrio obrero o marginal, formado por gente sencilla y en muchos casos gitanos e inmigrantes, con centros de prostitución y venta de drogas afirman: “Mantenemos una relación cercana con muchos de ellos y sabemos que es casi imposible salir de estas situaciones y romper esta estructura social de pecado. También somos conscientes de la demagogia que existe al hablar de la injusticia y la pobreza y lo difícil de encontrar un discurso realista y justo”. Por otra parte, el hecho de que en algunas de

nuestras comunidades haya hermanas de otros países, hace que por contraste conozcamos y nos concienciamos de las necesidades de las personas de otros países del llamado Tercer Mundo.

Contribuyen a fomentar esta sensibilidad, la formación que hemos ido recibiendo a través de la doctrina del Concilio de apertura al mundo, que ha marcado un estilo de vida religiosa más abierta a la realidad que nos rodea. También la formación recibida desde la Orden, un ejemplo es el presente folleto. Otro medio de sensibilización son los medios de comunicación como revistas especializadas sobre temas del Tercer Mundo, marginación, que en ocasiones son una alternativa -otra voz- a la información oficial de ciertas instituciones que intentan acallar las conciencias. Luego está el trato directo que tienen nuestras comunidades con los misioneros y con otras personas que trabajan cerca de los pobres. También son una fuente de sensibilización la gente pobre, que por distintas circunstancias se acerca a nuestras casas. Por otra parte, la Iglesia constantemente en sus documentos y a través de sus sacerdotes son una continua llamada a vivir el mensaje del Evangelio de la opción preferencial por los pobres.

Vemos que no basta con tomar conciencia de este grave problema social y estructural de la pobreza en el mundo. No podemos vivir al margen de la suerte de los pobres, tenemos que sentirnos realmente interpeladas por el clamor de los pobres, esto supone una seria responsabilidad frente a ese mundo. Creemos que debemos sentirnos implicadas en la construcción de un mundo más justo, solidario y fraterno dando testimonio de vida sencilla y orando para que se promuevan planes de desarrollo a favor de los más necesitados. Esto estimula nuestro deseo de afianzar nuestra vida *“oculta con Cristo en Dios para la salvación del mundo bajo el signo de la gratuidad, de la entrega...”*^[1]. Y nos ayuda a relativizar los pequeños problemas del vivir diario de nuestras comunidades gastando nuestras energías, nuestro tiempo, nuestra oración en lo realmente importante, pues como dice nuestra Santa Madre: *“¿Hemos de gastar el tiempo en cosas que por ventura si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo”*^[2] Por lo tanto, entendemos que nuestro voto de pobreza va más allá de la exigencia comunitaria y personal, su vivencia supone un empeño de solidaridad, de acercamiento y de comunión desde lo que somos y tenemos, como contrapeso al pecado social y a la injusticia que sólo se redimen desde un amor entregado y solidario.

2. ¿Qué conclusiones saco para mi vida contemplativa consagrada de esta visión de la realidad?

Las conclusiones son múltiples y variadas:

En primer lugar, pensamos desde nuestra sensibilidad y vocación contemplativa, que nuestra vida consagrada dedicada primordialmente a la oración, debe ser una auténtica configuración con Cristo Jesús, el Pobre de Yahvé, que ha asumido todas las pobrezas de la condición humana; tratando de asemejarnos a Él, conformando nuestra vida con la suya hasta experimentar la pobreza de hecho y de espíritu, según las Bienaventuranzas que proclama y nos propone como el mensaje central del Reino. Creemos que de esta forma se nos intensifica la conciencia de la Comunión con los Santos, asumiendo los dolores y necesidades de nuestros hermanos más pobres. Así nuestra vida se hace creíble y se convierte en un compromiso de comunión, compasión y amor.

Luego, vemos que estamos llamadas a *“ser testigos de la solidaridad evangélica, fermento de un mundo más justo y más humano”*^[3], pero añadimos que somos conscientes de que el problema estructural de la pobreza supera nuestra acción posible. No obstante, debemos pretender ser coherentes con el testimonio de una pobreza material para estar cerca del mundo de los pobres. Nuestra solidaridad y testimonio se inscriben en la sencillez evangélica y en la tradición de la Orden que nos colocan al margen del prestigio y del poder económico y social.

Estas actitudes y conciencia de fondo nos ayudan a vivir nuestra vida sencilla de Carmelitas con autenticidad, para que sea un testimonio evangélico de la gratuidad de Dios frente a un mundo utilitarista que sólo valora la eficacia. Por otra parte, nuestro voto de pobreza nos invita a no vivir en la indiferencia si no a *“Ser tales...”* y *“hacer eso poquito que hay en mí”*^[4], despertando en nosotras un sentido solidario frente al mundo de los pobres que se traduzca en

nuestra vida a dos niveles:

a) Hacia dentro:

- En nuestra vida de oración, donde debe haber un lugar primordial para el mundo de los pobres, procurando ser ante Dios y el mundo el corazón: la voz consciente silenciosa y solidaria de los «sin voz».

- Experimentando a nivel comunitario algunas de las carencias de los pobres en una vida fraterna inspirada en criterios de sobriedad, sencillez, hospitalidad, como alternativa al consumismo dominante.

- Intentando vivir a nivel personal las exigencias de la pobreza evangélica en la vida cotidiana ante las propias limitaciones e impotencias, pobreza en los afectos, la soledad, el anonimato, viviendo estas circunstancias con entereza personal, evitando las protestas y las quejas ante lo desagradable y las carencias inevitables, haciendo experiencia del Señor como nuestra verdadera riqueza.

- Aceptando con responsabilidad el hecho de vivir en un mundo marcado por la incertidumbre, la guerra, el terrorismo... como lugar de solidaridad.

b) Hacia fuera:

- Cooperando económicamente con ciertas organizaciones de la Iglesia de ayuda humanitaria y desarrollo, y ONGs.

- Viviendo responsablemente del trabajo comunitario que realizamos, viendo en él, por un lado un valor ético por el cual nos asociamos a los pobres y, por otro un elemento que dignifica a todo hombre: no podemos seguir alimentando la imagen de que trabajamos para distraernos.

- Cuidando dónde compramos y qué productos elegimos; el comercio justo es una alternativa muy válida. Está en nuestra mano no colaborar con estructuras de injusticia evitando el crecimiento lucrativo de grandes empresas a costa del pequeño comercio.

- Concienciándonos sobre el tema del consumo de energía y cuidado de la tierra. La ecología tiene que ser un tema que nos ocupe y nos preocupe.

- Viviendo en la cultura de «lo suficiente» que relativiza el dinero y dignifica a la persona en lo que es en sí misma. Esto es necesario concretarlo ayudando a personas conocidas de nuestro entorno con situación de marginación y pobreza.

- Sabiendo vivir comunitariamente la escasez de personal y buscando formas de ayuda, las unas a las otras, dentro de la Federación, salvando las dificultades que impone la autonomía monástica. Esto supone no estar apegadas a nuestros edificios y formas de concebir la pobreza estando en sintonía con la pobreza real de muchos de nuestros contemporáneos.

3. *¿Cómo puedo llegar a tener una visión crítica de esta realidad para asumirla en mi vida de oración contemplativa?*

Desde nuestra vocación contemplativa y por fidelidad a nuestra Santa Madre que tanto se interesó por los avatares de su tiempo: “*En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos...*”^[5] pensamos que para llegar a tener una visión crítica de la realidad de tantos hermanos que viven en la pobreza y en la injusticia, es fundamental tener una buena formación e información actualizadas; de esta forma evitaremos visiones ingenuas sobre este serio problema. Para lograr esto, vemos necesario, estar al tanto de las corrientes teológicas y cristológicas que nos ayuden a conocer y a amar al Cristo enviado por el Padre para anunciar la Buena Nueva a los pobres. También es necesario conocer la doctrina social de la Iglesia y el magisterio de los Papas en temas sociales: “*Sollicitudo Rei Socialis*”, “*Tertio Millenio Ineunte*”... . Junto con la más actualizada teología en materia de pobreza consagrada.

Respecto a la información, es imprescindible que sea fidedigna y contrastada, privilegiando los aspectos solidarios y evangélicos, para que nos ofrezca una visión realista sobre las situaciones que viven nuestros hermanos los hombres en todo el mundo. Sería bueno que el tema de la pobreza y los pobres sea motivo de discernimiento personal y de reflexión en nuestras reuniones comunitarias, para que profundicemos en esta realidad y surja en nosotras el interés y la creatividad a la hora de afrontarlo, sabiendo acercarnos a la gente sencilla que nos rodea, de modo adecuado, con gestos concretos, sencillos, eficaces e inteligibles, que sean un reflejo de la autenticidad de nuestro compromiso con el Evangelio. A su vez tenemos que cooperar para no incrementar el pecado social, descubriendo la pobreza de nuestro entorno, colaborando en campañas de erradicación y promoción social.

Debemos saber contemplar el rostro de Dios en los pobres, haciendo una lectura orante de la realidad contrastada con la palabra de Dios. Todo ello hará que nuestra oración tenga un rostro humano y nuestra vida se convierta en un anhelo por implantar el Reino de la justicia y de la paz. Encarnando las palabras del salmo 84 “*la justicia y la paz se besan*” y “*los que procuran la paz, están sembrando la paz y su fruto es la justicia*”^[6].

I

PERSPECTIVA BÍBLICA DEL VOTO DE POBREZA

1. ¿Qué conclusiones sacas de la perspectiva bíblica de la pobreza para vivir tu voto de pobreza?

La pobreza en sí misma es un mal y un escándalo porque hace vivir a muchos seres humanos en la miseria, y la acumulación ilimitada de bienes coloca a éstos en el lugar de Dios, el único absoluto. La Sagrada Escritura no le atribuye un valor propiamente dicho. Da el título de pobres a todos los que padecen injusticia, que son menospreciados, calumniados, silenciados, marginados, desamparados... Dios es el protector de los pobres y el que “*hace justicia a los oprimidos*”^[7]. La pobreza en el pueblo de Israel se convierte en una actitud agradable a Dios. El pueblo, sobre todo en la experiencia del exilio, aprende a perder seguridades y a poner su confianza en Dios, como su única riqueza. Los «anawim» son la expresión de este resto del pueblo, que se abren a la confianza en Dios sólo, de quien esperan todo. Ciertamente el mensaje de la Biblia no incluye ningún programa social perfecto para acabar con la miseria humana en la tierra, pero despierta la sensibilidad y el compromiso para percatarse de los pobres, asumiendo con decisión su defensa, auxiliándolos y compartiendo con ellos su destino.

Nosotras, como Carmelitas contemplativas, que hemos sido llamadas a vivir una opción preferencial por el Reino, sentimos la urgencia de identificarnos con Jesús y de tener sus mismos

sentimientos. Del ejemplo de su vida brota para nosotras toda la belleza, el sentido y la importancia de nuestra opción por la pobreza. Nos enseña cómo el Hijo de Dios, al asumir nuestra naturaleza, se hizo pobre y humilde, “*se anonadó tomando la condición de esclavo*”^[8]. De la primera comunidad de seguidores de Jesús, se nos cuenta que “*lo tenían todo en común*”^[9]. Si queremos re-vivir esta experiencia tenemos que hacer realidad el deseo de nuestra santa Madre, “*libres quiere Dios a sus esposas, asidas a solo Él*”^[10].

Podemos sintetizar esta manera de vivir nuestra pobreza desde la perspectiva bíblica como una prolongación de la pobreza de Jesús y en sus dimensiones esenciales:

a) *Frente a Dios*

- Vivir en la confianza absoluta en Dios sólo, como nuestra verdadera y única riqueza.
- Desde la libertad interior y exterior proclamar con nuestra vida que las Bienaventuranzas son un camino de abandono confiado en las manos del Padre, aceptando vivir el hoy, lleno de su bondad y su amor.
- Apertura confiada y total al Reino, que en la práctica es un des-centramiento de sí mismo para construir y vivir con todas las fuerzas la justicia del Evangelio.

b) *Frente a nosotras mismas*

- “*Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón*”^[11]. El tesoro del corazón es todo aquello que lo acapara, que se convierte en motivo dominante y profundo de la vida. Sólo Dios como dador y sus caminos como don, mostrados en Jesús, son dignos de seducir nuestro corazón.
- Procurar la interiorización y purificación. No despreciando los bienes de manera estoica, sino usar las cosas sin dejarnos atrapar por ellas. El distanciamiento y el despojamiento de las cosas como experiencia de libertad es una invitación que Jesús nos hace.
- La pobreza no es sólo la carencia de bienes materiales. El pobre es el que no cuenta, el que no es escuchado, quien vive la dificultad del presente y la inseguridad ante el futuro. Con la certeza de que estas situaciones son posibles en nuestra vida, debemos afrontarlas con una actitud de apertura a la acción de Dios desde una fuerte conversión interior teniendo en cuenta que el evangelio es una invitación a la radicalidad.
- La aceptación de nuestra realidad de seres radicalmente pobres, necesitados de Dios, en primer lugar, pero también de los otros, nos abre a la esperanza, a la humildad, a la acción de Dios desde lo que soy, a la alabanza por lo que Dios hace, al abandono en el Dios que nos salva y a renunciar a salvarnos a nosotras mismas.

c) *Frente a los demás*

- Disponibilidad total, de lo que una es y tiene, sin reservas.
- El aceptarnos pobres nos lleva a la generosidad de corazón, a ser capaces de acoger y perdonar, de compartir y compadecer, comprender sin despreciar, valorar a las personas por el mero hecho de serlo, sin más calificativos.
- Comunicación de bienes, materiales y espirituales. Siendo conscientes de que todos los dones recibidos son para “*edificar la comunidad*”^[12], sabiendo que nada nos pertenece: tiempo, ideas, cualidades, ...
-

Ser voz de los sin voz en la medida que nuestra vida nos dé la oportunidad de hacerlo. Con nuestros criterios, con nuestras conductas, con nuestro testimonio, ser justas y denunciar las injusticias.

d) Frente a los bienes del mundo

- No crearnos necesidades artificiales, viviendo frente a los bienes con libertad para poder liberar a otros. Estando alertas para no dejarnos arrastrar por el consumismo y experimentar que “*la vida no depende de los bienes*”^[13]. Despegar el corazón, liberarlo para poder entregarse.
- Descubrir, como un valor espiritual escondido y anónimo, la desapropiación de bienes, que facilita un camino de encuentro y fraternidad entre nosotras y con todos los hombres; que nos hace acercarnos a Dios y sentirnos pobres con los pobres y sencillos con los sencillos.
- Ser testigos, ante una sociedad basada en el tener y el poder, de que es posible la felicidad y la plenitud humana, sin estar apoyadas en los bienes materiales. Proclamando con nuestra vida que las Bienaventuranzas son un camino de realización personal y la fraternidad universal es el camino de la superación de todas las injusticias y de todas las pobreza.

2. ¿Cómo se puede vivir en tu vida contemplativa la opción por los pobres?

Las formas concretas de asumir la opción por los pobres no son las mismas en todos los contextos socioeconómicos. En aquellos lugares donde la situación de pobreza e injusticia es más dramática: suburbios, parados, marginados sociales, Tercer Mundo... los consagrados están intentando ser el núcleo de una regeneración social.

Nosotras, por nuestra vocación contemplativa, nos encontramos con la necesidad de vivir la opción por los pobres de manera particular; no la podremos vivir más que en la medida en que optemos radicalmente por la pobreza evangélica:

- En primer lugar, a través de nuestra oración contemplativa, identificándonos con Cristo pobre, que sufre en tantos hermanos nuestros. A partir del estudio, la reflexión y vivencia del evangelio, nos nacerán iniciativas concretas para vivir nuestra pobreza desde nuevas perspectivas y con formas nuevas. Es necesario, pues, que nuestra oración vaya acompañada de gestos concretos que hagan creíble nuestro deseo de solidaridad con todos los desheredados del mundo.
- Encontrando en María, la “pobre de Yahvé”, que conservaba todo en su corazón y supo fiarse de Dios, el modelo de quien supo vivir esperándolo todo de Dios.
- Dando testimonio, no sólo de palabra, sino con nuestro estilo real de vida, de que Dios es la verdadera riqueza del corazón humano. El seguimiento de Jesús nos invita a afrontar una existencia desprovista de seguridades humanas; en esta pobreza contamos con la ayuda de Dios como gratuidad ofrecida y, por nuestra parte, recibida y vivida en la alegría de la donación.
- Desde la disponibilidad, poniendo al servicio de los demás, especialmente de nuestras hermanas, todo lo que somos y tenemos. La comunión fraterna permite superar el egoísmo y el individualismo, viviendo en libertad frente a todo y a todos. La llegada del Reino se hace visible en una comunidad estructurada de acuerdo con el Evangelio, en un esfuerzo común por compartir los bienes. Lo que más importa no es tanto una actitud de desprendimiento, cuanto de amor fraterno, viendo el rostro de Cristo pobre en las hermanas más débiles y necesitadas, por edad, enfermedad o cualquier tipo de carencia.
- En Jesús pobre, libre y entregado al Padre y a los hermanos, descubrimos la riqueza del

Reino. Cristo nos ha llamado por pura gratuidad, sin méritos propios. Por ello somos llamadas a ser testigos de un mundo solidario, procurando dar a todos los que se acerquen a nosotras el amor que Cristo va derramando en nuestras vidas. Haciendo de nuestras comunidades espacios de acogida. Colaborando en la medida de nuestras posibilidades, no sólo económicas, sino de todo tipo, con asociaciones que trabajan por la justicia y la erradicación de la pobreza.

- Haciéndonos solidarias con el mundo de los trabajadores, a través de un trabajo responsable, aceptando sus mismas inseguridades, ya que no siempre tenemos un trabajo estable que sea suficiente para cubrir las necesidades económicas. En este sentido, desde nuestra conciencia de comunidades federadas, debemos prestar una atención especial a nuestras hermanas de otras comunidades que pasan por situaciones de precariedad, bien sea por falta de medios económicos, o por enfermedad de las hermanas.

3. ¿Dónde experimentas hoy el llamado a vivir como los “anawim” o “pobres de Yahvé” tu vocación contemplativa en comunidad?

El exilio a Babilonia que siguió a la destrucción del Primer Templo, marcó el comienzo de la diáspora judía, que constituyó una crisis profunda en el seno del pueblo de la Alianza. Una crisis llena de consecuencias políticas, sociales, económicas, culturales, religiosas, pero a la vez, llena de nuevas oportunidades, de alternativas creativas, de amplias expectativas. En esa mezcla de vivencias, se impondría como tendencia legítima y como única respuesta, una esperanza que hiciese posible afrontar el presente siendo fieles al pasado. En ese contexto el pueblo empezó a desarrollar un marco religioso y una forma de vida fuera de la Tierra Prometida, asegurando finalmente la supervivencia nacional y la identidad espiritual, y le infundió suficiente vitalidad para garantizar su futuro como nación. Este nuevo pueblo, nacido de esta experiencia se constituyó como “los pobres de Yahvé” -anawim- que todo lo esperan del Señor.

Hoy, los consagrados en general, y de modo especial las contemplativas, vivimos una experiencia similar a la que vivió el pueblo de Israel durante el exilio. Los profundos y rápidos cambios sociológicos que en el mundo occidental se están dando, deberían conducirnos a perder seguridades, y a vivir una nueva actitud espiritual, potenciando la confianza en Dios sólo, como “los anawim” que han tenido que aceptar con gozo la pequeñez como forma de vida. Tenemos, por tanto, múltiples maneras de descubrir hoy la llamada a vivir como “pobres de Yahvé” en nuestras comunidades que, en líneas generales, expresan una gran coincidencia a la hora de responder a esta pregunta:

- La principal llamada surge, hoy como siempre, de la lectura atenta y orante de la Palabra de Dios, sobre todo del Evangelio y textos paulinos que nos presentan a Jesús en el anonadamiento de su Encarnación, la pobreza de su vida y el despojo de su muerte en Cruz, *“a pesar de su condición divina, se despojó... y pasó por uno de tantos”*^[14].
- En la incertidumbre a nivel de Iglesia, donde no siempre se da el entendimiento entre las diversas formas de comprender la realidad eclesial. Vivimos a veces, entre la añoranza del pasado y la tensión renovadora del Concilio Vaticano II, sin encontrar el punto medio que nos haga caminar hacia una Iglesia en comunión, según la oración de Jesús: *“Que todos sean uno”*^[15].
- Constatamos que tenemos que resituarnos dentro de la sociedad en que vivimos desde una mayor invisibilidad y menor influjo. Nuestra peculiar forma de apostolado nos hace pasar inadvertidas, lo cual nos lleva a amar cada vez más el anonimato.
- En la pobreza generalizada de falta de personal joven en nuestras comunidades; el

progresivo envejecimiento y disminución del número de hermanas, que genera inseguridad e incertidumbre ante el futuro, pero que nos brinda la oportunidad de ahondar en el espíritu de los “anawim” fortaleciendo nuestra esperanza; y en otras formas reales de pobreza que nosotras no elegimos, pero que son una ocasión para expresar la fraternidad y la gratuidad de poder compartir la riqueza del amor fraterno en ayuda, comprensión, renuncia, delicadeza Actitudes que nos ayudan a descubrir aspectos positivos de cara al crecimiento personal si sabemos aceptarlas con fe y esperanza activas, seguras de que, por la acción de Dios, son generadoras de amor y vida. Convencidas de que, dentro de las Comunidades, de las Federaciones, de la Orden, por medio del Espíritu, van surgiendo ideas que nos indican cómo debe ser nuestro futuro en una sociedad y cultura nuevas. Confiadas en las manos amorosas de Dios que es siempre Fiel.

II

PERSPECTIVA TEOLÓGICA DEL VOTO DE POBREZA

1. ¿Cuál de las tres visiones teológicas de la pobreza consagrada predomina entre nosotras? ¿Por qué?

En toda la Iglesia la cuestión de la pobreza se ha convertido, en los últimos tiempos, en un tema fundamental.

Partiendo de la base de que la problemática de la pobreza en general, y de la pobreza consagrada en particular, es complicadísima, ya que está condicionada por múltiples factores sociológicos, económicos, políticos o eclesiales, podemos afirmar que entre nosotras, y a partir del enfoque que el Concilio Vaticano II dio a la teología de los votos, hemos intentado adaptar nuestra vida a nuevos criterios, basados sobre todo en poner en primer plano la figura de Cristo, que “*siendo rico, por vosotros se hizo pobre*”^[16].

Vemos que entre nosotras predomina la visión conciliar y postconciliar en cuanto esta última es continuación, desarrollo y explicitación de las pautas conciliares. Esta visión se puede distinguir con mucha claridad a través de la Exhortación Apostólica *Evangelica Testificatio*^[17].

Predomina esta visión porque a través de toda la reflexión conciliar se ha dado un cambio de mentalidad y una evolución en las formas; la de la consagración, viviendo una vida sencilla y simplificada, vivimos la pobreza desde la esperanza teológica, Cristo no tuvo “*donde reclinar la cabeza*”^[18]; vivimos la pobreza como apertura a Dios y disponibilidad; la de la comunión desde el énfasis que nuestra fundadora da a la fraternidad y la de la misión en la búsqueda de un estilo austero para compartir con los que más sufren por las estructuras que actualmente discriminan los derechos y oportunidades de tantas personas. Tenemos tanta información de la desigualdad real que ésta provoca más deseos de justicia frente a la injusticia de este mundo.

En cualquier caso, creemos que la motivación profunda de cada época, el empeño por mostrar la riqueza del Reino, persiste aunque se va expresando de manera distinta en cada momento; no obstante, necesitamos un esfuerzo continuo de conversión personal y comunitaria, que nos lleve a discernir nuestra vida y a orientarla hacia una auténtica espiritualidad de la pobreza, que hunde sus raíces en el evangelio. Convirtiéndonos en bienaventuradamente pobres, como definía Hans Urs von

Baltasar a la Santísima Trinidad: “Es pobre quien ha dado todo lo que tiene. Así el Padre celestial es pobre, puesto que no ha retenido nada para sí en la generación del Hijo. De este modo toda la Trinidad divina es bienaventuradamente pobre, porque ninguna hipóstasis divina tiene nada para ella sola, sino que lo tienen todo únicamente en intercambio con las otras dos”.

2. ¿Cómo podemos vivir nuestro voto de pobreza en el contexto de la pobreza mundial?

El voto de pobreza tiene su fundamento y sentido en Cristo pobre; pero la pobreza de Cristo se coloca en la dinámica de su entrega al designio del Padre y de su compromiso con los hombres.

Por lo tanto hay que vivir la pobreza como la vivió Cristo, que supo disfrutar de la alegría y belleza de las cosas, sin tener nada como propio, compartiendo con los demás, sobre todo con los más necesitados, todo cuanto era y tenía. No se reservó nada para sí.

Experimentamos, sin embargo, la dificultad real de trascender esta pobreza a la misión y vivirla desde este punto de vista. Debido a las circunstancias de nuestras comunidades no es tan fácil dejarnos evangelizar por el contacto real con el mundo de los pobres y -desde el plano puramente material- se nos escapa compartir y experimentar la pobreza cuando no sentimos en nuestra vida las carencias que los pobres viven.

En el momento actual, en el que se nos han hecho evidentes no sólo las enormes dimensiones de la pobreza en el Tercer Mundo, sino también las grandes bolsas de pobreza en nuestras propias ciudades, nuestro voto ha adquirido una nueva dimensión:

- Colaborar en la erradicación del nivel de pobreza infrahumano, en la forma que es conforme a nuestro propio estilo de vida. Es un reto para nuestras comunidades los niveles de pobreza en que viven la mayor parte de nuestros hermanos, que nos hace repensar cómo debemos vivir hoy nuestro voto de pobreza en su aspecto material y en un contexto de Primer Mundo. Nuestras comunidades pueden -y deben- estar suficientemente informadas de los distintos contextos de pobreza a nivel mundial y sus causas sobre las que, posiblemente, tengamos nuestra parte de responsabilidad, por pequeña que sea, en el hecho mismo de su existencia.
- A través de nuestra vida sencilla que debe presentar una alternativa al dar testimonio de que somos discípulos de Jesús. Y en detalles concretos de no dejarnos crear necesidades inexistentes cayendo así en el círculo del consumismo.
- Sintiéndonos implicadas y pronunciándonos a favor de los pobres. Al margen de las ideas políticas. Nuestra vida, tiene que ser, en sí misma, denuncia y anuncio. Debemos desde nuestra vocación teresiana discernir los signos de los tiempos. Situarnos en lo que sucede en el mundo desde nuestra vocación a la oración, rezando por los profetas actuales que están en medio de los conflictos, mirando lo que pasa a nuestro alrededor y posicionándonos a favor de los más pequeños, sabiendo que en ocasiones no es fácil de discernir.
- No acomodándonos, compartiendo lo que somos y tenemos dentro y fuera de la comunidad. Testimoniando el sentido humano y solidario del trabajo. Procurando que los recursos naturales sean cuidados en nuestras comunidades: naturaleza, agua, distintos reciclados de desechos...
- Desde nuestra vivencia de una vida teologal profunda, aceptando la pobreza que conlleva asumir las purificaciones desde la renuncia interior.
- A nivel comunitario con un estilo de vida pobre y austero, rechazando privilegios y exponiéndonos a no ser reconocidas socialmente. Esto supone huir del consumismo, y ser creativas con iniciativas como colaborar en campañas que diversos organismos promueven

desde la solidaridad y la justicia social, para frenar la fuerza de las multinacionales. Supone compartir lo que tenemos en comunidad, ayudando económicamente, en la medida que nos sea posible a necesidades concretas y a instituciones que trabajan con los pobres.

- El trabajo es también un modo de vivir la pobreza, y en la situación actual de nuestras comunidades, el vivir con fe la inseguridad de un futuro, es quizás donde se muestra y se purifica nuestro dejarnos hacer pobres.

3. ¿Qué conclusiones prácticas sacas de las líneas doctrinales que sobre el voto de pobreza se han ido elaborando a partir del Vaticano II?

Las conclusiones prácticas han sido varias, de las cuales destacamos, por su importancia las siguientes:

- Como carmelitas, y desde nuestra vocación contemplativa, vemos en primer lugar, que nuestro amor a Cristo nos lleva a identificarnos vitalmente con él en su abajamiento^[19] y a vivir la pobreza como una opción por los valores del Reino, sabiendo estar cerca de sus principales destinatarios, los pobres; esto nos lleva a profundizar en la pobreza de espíritu que supone apoyarse en Dios y vivir la confianza en él que nos conduce por sus caminos, con libertad y desprendimiento frente a los valores de un mundo utilitarista y frente a los bienes materiales. La vivencia de la pobreza nos convierte en testigos del Reino, y se manifiesta en una vida sencilla de renuncia personal y de uso moderado de los bienes, cuyos frutos son la libertad, la alegría y la serenidad.
- En segundo lugar, la vivencia de la pobreza en el seno de nuestras comunidades tiene que traer como fruto directo la caridad. Esto supone no sólo compartir los bienes, sino darnos a nuestras hermanas, especialmente las más necesitadas, a través de actitudes de servicio y estar abiertas en la acogida a todas las personas que se acerquen a nuestras comunidades con alguna necesidad. En la Encíclica *Deus Caritas est* el Papa Benedicto XVI expresa con gran hondura teológica el deber primordial de la Iglesia y, en consecuencia de cada uno de sus miembros, de vivir desde la caridad cristiana. Por otro lado, la experiencia de vida comunitaria nos indica que respecto a la vivencia del voto de pobreza, no siempre se tienen los mismos criterios ni la misma sensibilidad, dado que conlleva responsabilidad personal a la hora del uso de los bienes, que no es igual en todas; pero la vivencia de una fuerte experiencia espiritual conlleva siempre el desprendimiento interior y exterior propios de la pobreza.
- En tercer lugar, el Concilio subrayó y recordó que la comunidad es enviada a evangelizar a la vez que es evangelizada por los pobres. Nosotras, como contemplativas, a través de una forma de vida sencilla y austera y viviendo de nuestro trabajo, estamos llamadas a acoger los gozos y tristezas de todos los hombres especialmente los más necesitados^[20]. El documento *Vita consecrata* se ocupa muy acertadamente de este tema orientando a los creyentes y -más en particular- a los consagrados. Es Cristo una vez más el que nos impulsa a responder a su llamamiento adoptando “*un estilo de vida humilde y austero, tanto personal como comunitariamente*”^[21].
- En cuarto lugar y desde lo que vamos diciendo, se entiende que nuestra oración tiene que tener un rostro, sobre todo el de los necesitados, intercediendo por los grandes problemas de pobreza del mundo. A ella tenemos que llevar las necesidades concretas y urgentes del mundo de la pobreza.

Y podríamos decir en un pequeño resumen lo siguiente:

- Hemos de ser pobres de hecho y de espíritu^[22];
 - el aspecto colectivo de la pobreza es muy importante. Hay que evitar el lucro y la acumulación de bienes, dando muestras de solidaridad con los más pobres.
 - es necesaria la comunicación de bienes a todos los niveles;

- a través de la vida de comunión es posible mostrar que las personas valemos por lo que somos y no por lo que tenemos;
- hay que tener una visión universal y estar atentas para descubrir a los pobres porque con ellos se identifica especialmente el Señor^[23];
- hay que usar los bienes con moderación y libertad;
 - nuestros dones los debemos poner al servicio de la comunidad propia y del mundo... “los pobres nos evangelizan”^[24];
 - hay que valorar el trabajo como expresión de comunión con los que lo tienen y con las personas que no lo tienen, valorando el tiempo.
- ser pobre y vivir con austeridad implica vivir con alegría;
 - debemos ser libres y no pactar con la injusticia. Trabajando por reducir las estructuras injustas de la sociedad,^[25] comprometiéndonos con los que trabajan por la justicia y la paz de los más pobres;
 - orar por los que “no tienen” y pasan necesidad de cualquier origen, es la mejor obra de caridad.

4. ¿Cómo podemos como carmelitas contemplativas vivir y testimoniar la pobreza consagrada?

Viviendo con fidelidad creativa el valor, la audacia y la alegría de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz. Abiertas a los signos de los tiempos.

Viviendo con intensidad un camino de desasimiento interno y comunitario.

Marcando la sobriedad en nuestro estilo de vivir tanto comunitario como personal.

Asumiendo la pobreza personal y comunitaria, viviendo con esperanza activa las purificaciones de la vida para poder también ser testigos de esa esperanza para los demás.

Haciendo de nuestro trabajo no solo un medio de sustento, sino también, una forma de reconocer la dignidad humana. Esto provocará cambios en la manera de ver el trabajo propio y el de nuestras hermanas; y al mismo tiempo que sea reconocido al exterior en su justo medio.

Siendo libres y desprendidas, mirando a Jesús y así aprender de su vida sencilla.

Creando, día a día, comunidades vivas donde se viva una fraternidad limpia que trasluzca la vida teologal.

LA PERSPECTIVA HISTÓRICA DE LA POBREZA CONSAGRADA

1. ¿Qué conclusiones sacas al constatar la evolución histórica del voto de pobreza?

a) El voto de pobreza es un don del Espíritu

Vivir el voto de pobreza desde su dimensión espiritual es un carisma: nadie es realmente pobre si no es por don de Dios. La persona humana, por innata y radical inseguridad, tiende a acumular como una forma de autoafirmación del ser, y asegurar su porvenir siempre más o menos incierto y por ello nadie es realmente pobre si no es por exigencia del Espíritu. No sirven proyectos, propuestas, propósitos meramente humanos. Creemos que la historia demuestra que la pobreza ha sido siempre la piedra de tropiezo en la cual se ha visibilizado la pérdida del sentido fundacional, carismático, genuino y esencial de la verdadera pobreza evangélica, en seguimiento de Jesús que *“siendo rico se hizo pobre”*^[26]. Es una realidad mucho más amplia que afecta no sólo a los bienes puramente materiales sino que abarca a toda la persona.

La historia demuestra que la pobreza consagrada, si no es fruto de una profunda experiencia de Dios como único absoluto para el corazón humano y alimentada por el deseo constante del seguimiento de Jesús, se desvirtúa tanto en su proceso personal como comunitario, y así, con una visión demasiado humana de nuestra vida, se van buscando recursos que intenten llenar nuestro corazón sediento. La pobreza sigue siendo el descubrimiento personal de un tesoro escondido, y sólo en esta medida se convierte en un valor de denuncia y de anuncio del Reino; porque la pobreza no es una ley o un concepto sino un gesto de amor que pone el acento no sólo en el aspecto material sino, y principalmente, en la identificación con Cristo pobre y en la confianza y abandono en las manos de Dios. El seguimiento de Jesús implica renunciar a todo para seguirle en su misma forma de amor. Por eso es necesaria una oración constante al Espíritu Santo pidiendo la creatividad necesaria en cada época y circunstancias, y una actitud de búsqueda para encarnar la pobreza con realismo y entrega.

Sin embargo, creemos que un mínimo de propiedad privada, sobre todo en el plano personal, es psicológicamente necesario a toda persona para realizarse como tal. La dificultad mayor, por múltiples factores, está en mantener el equilibrio, establecer un nivel adecuado y saber discernir qué es lo que en cada momento y situación histórica, cultural y social se debe vivir.

b) El voto de pobreza es contingente

Se aprecia un proceso de opción por la pobreza radical en el inicio de todos los carismas, porque el tener a Dios por único valor absoluto lleva a relativizar los bienes materiales y poner todo el acento en lo esencial del voto: desprendimiento de sí mismo, servicio a los demás, comunión de bienes dentro de la propia comunidad, extensiva a necesidades de tipo social, sea dentro de la Iglesia o en la sociedad. Sin embargo, el voto de pobreza -puesto que en general y a lo largo de la historia en la vida religiosa, sobre todo contemplativa, se ha unido la riqueza espiritual y cultural, que no poseía el común del pueblo- ha ido evolucionando y aparece como una sucesión de ciclos: cada vez que se siente el deseo de una respuesta radical a Dios, se plantea una renovación, y el tema de la pobreza adquiere protagonismo principal, se radicaliza. Y a medida que corre el tiempo se cae en la acumulación de riquezas materiales en detrimento de la riqueza espiritual y las reformas o renovaciones van perdiendo radicalidad, la pobreza va cediendo paso a un aburguesamiento y se crean formas rutinarias llegando a ser obsoletas, descontextualizadas.

En un sumarisimo recorrido histórico de la pobreza en la Iglesia vemos que, en cada época, ha dado frutos de santidad. Ya en sus inicios sabemos que “*no había muchos ricos*”, “*todo lo ponían en común*” y “*a nadie le faltaba lo necesario*”^[27]. Más adelante, desde los monjes cenobitas, que practicaban la pobreza con su trabajo y destinaban sus limosnas a los pobres, hasta Basilio, que busca el desprendimiento en el uso de los bienes, o San Agustín que busca la verdadera pobreza de espíritu, dando sentido a la pobreza consagrada, o San Benito, que recurre a ponerlo todo en común, se percibe una evolución constante. En el siglo IX, la creciente riqueza de los monasterios trae consigo una crisis: se intentan diversas fórmulas para resolverla positivamente, pero sin gran éxito; se constata la necesidad de poseer para no quedar a merced de los bienhechores y para no verse obligados a abandonar los ritmos propios de la vida monástica. Y llegamos a los mendicantes, entre los que destacan la santidad de San Francisco y Sto. Domingo, y ya en el siglo XVI surge San Ignacio de Loyola que sabe dar forma a la pobreza consagrada manteniendo el justo medio, con un pluralismo general, exigiendo la pobreza personal del sujeto. La pobreza se convierte en una ascesis de desprendimiento y disponibilidad para el apostolado, mirando siempre a Cristo para seguir sus huellas. Y la Santa Madre que ve en ella un distintivo de la vida evangélica y una prueba de la confianza en el Señor: “*Hase de vivir de limosna siempre, sin ninguna renta y mientras se pudiere sufrir, no haya demanda..., que el Señor las proveerá de lo necesario*”^[28]. Es una evolución fruto de una confrontación del Evangelio con las exigencias del tiempo. Constatamos que en cada momento histórico se han resaltado distintos aspectos de ella: ahora se insiste en un matiz de carácter más personal, ahora más en el institucional; ahora en lo que se refiere a la carencia/pertenencia de bienes; ahora en ser signo de sencillez y despertador de conciencias dormidas. Y debemos reconocer que, a pesar de muchas deficiencias, la vida religiosa, con su voto de pobreza, ha sido, en muchos momentos, una voz profética. Y a pesar de la evolución en la expresión y el modo de vivir la pobreza, lo esencial del voto se ha abierto paso a lo largo de la historia y va apareciendo, cada vez más claramente, como una forma de denuncia a la absolutización de la tendencia posesiva del hombre -también el religioso- y una apertura a la fraternidad.

d) *Cambios en el modo de vivir el voto de pobreza*

Según van sucediéndose los siglos se da un avance en la forma de entender la pobreza. Ésta va evolucionando al ritmo que lo hace la sociedad y la cultura. Cambios notables vienen expresados en las diferencias de forma y de fondo entre el Código de Derecho Canónico de 1917 y el de 1983. Sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, la voz de los pobres se deja oír, se escucha, se conocen sus problemas, las injusticias, el pecado colectivo que no fue sólo pecado social. Las nuevas tendencias piden, además del individual, un testimonio colectivo de pobreza, de forma manifiesta y concreta. El grito de los más pobres, cada vez más conocido y cercano a través de los medios de comunicación, que reclaman lo que les es debido, ayudan a conocer la realidad cruda y cuestionarnos nuestra actitud y forma de vida. Estamos en los comienzos de un creciente movimiento de identificación con los pobres -a causa de las grandes injusticias que se producen a todos los niveles- y de solidaridad con ellos y sus causas.

También quienes somos Iglesia hemos pecado y seguimos pecando. Todos somos culpables, o quizás sólo cómplices, de pecados de injusticias, de ambiciones que empobrecen a muchos. Ahora bien, puesto que Jesús dijo: “*Los pobres siempre los tendréis con vosotros*”^[29], creemos que nos incumbe ahora a nosotras la tarea del arrepentimiento y buscar caminos de justicia, de amor, de sencillez, de perdón. Es un quehacer de cada día, porque cada día alguien necesita también nuestro ejemplo de vida. Dios hace historia con el hombre, y en esta historia del hombre está Dios. Para dar el paso de una visión de la pobreza sólo individual, a concebirla como mal social y compromiso colectivo para conseguir que la pobreza disminuya, se precisa la audacia de la caridad y la ascesis de vivirla como libertad y liberación, junto con un esfuerzo interior grande para participar en la acción por la justicia y la paz. Se pasa de una comprensión restringida a la sensibilidad por el dolor de los seres humanos.

Es por don del Espíritu presente en el Concilio Vaticano II, que se han ido ensanchando nuestra visión y nuestro lenguaje, y la vivencia del voto de pobreza ya no tiene tanto un sentido espiritualista e individual como un sentido más solidario y testimonial. Han caído en desuso formas externas y anacrónicas de dependencia que creaban infantilismos y se valoran la responsabilidad individual y colectiva. Y no basta un aparente desposeimiento si no tiene fundamento real de desapropiación. Fácilmente se puede caer en el infantilismo de responsabilizar a la misma priora de las propias infidelidades, actitud que crea una dependencia poco responsable. Actitud interior y

comportamiento exterior han de ir siempre unidos en la vivencia de este voto. Es la actitud radical de desprendimiento y entrega solidaria a los hermanos y a todos los pobres, la que lleva a la encarnación de la pobreza que responde al ideal evangélico y a los desafíos de la sociedad actual.

No se debe olvidar, sin embargo, que la pobreza al estilo de Jesús no es miseria, sino libertad, alegría de no poseer, relativizar los bienes temporales y deseo de compartir y no instalarse, vivido todo dentro de un proceso continuo de desprendimiento y disponibilidad.

Coincidiendo con todo lo dicho, hoy también se da la alerta, por parte de movimientos ecologistas, de las consecuencias de un uso irracional de los recursos naturales que repercute, en gran manera, en detrimento de los países más pobres.

e) Necesidad de recrear hoy el voto de pobreza.

No hay una forma absoluta de pobreza evangélica. Su mismo concepto es cambiante, sujeto a la evolución del tiempo. Cada institución, cada reforma requiere nuevas formas, nuevas adaptaciones adecuadas al entorno socioeconómico y cultural en que vive. Es preciso hoy, al mismo tiempo que volver al sentido profundo del voto de pobreza de los orígenes, recrear la fuerza fundacional y carismática que tuvo en sus inicios y en el pensamiento de la Santa Madre, y vivir con fuerza su dinamismo evangélico interno y así encontrar las nuevas formas más en consonancia con la sociedad y la Iglesia de hoy. No podemos olvidar que nuestra forma de vivir el voto ha estado condicionada al momento sociocultural de cada época, dando respuesta o deformando la realidad evangélica. Los acentos se han puesto en uno u otro aspecto dependiendo de la necesidad histórica, aún cuando no siempre se ha tenido la suficiente claridad para dar una respuesta desde la fe.

Puesto que no hay una manera absoluta de vivir el voto de pobreza en el Carmelo, es preciso hoy estar abiertas a formas más en consonancia con el Evangelio. Es preciso otear las nuevas situaciones socioculturales, estar muy atentas al momento tan cambiante que vivimos y no tener una idea prefijada de la pobreza y aplicarla en todo momento y del mismo modo, sino que hay que vivirla de manera acomodada a cada situación. Actualmente no es posible ni recomendable vivir la pobreza evangélica de la misma manera si se vive en Estados Unidos, Europa, en un país subsahariano, en Asia, en América Central o del Sur. De igual manera, no es lo mismo vivir en un ambiente urbano que rural, en una sociedad industrializada que en una sociedad eminentemente agraria.

2. ¿Qué formas de vivir y expresar la pobreza consagrada ya no tienen vigencia en el mundo actual y dentro de la vida contemplativa?

Dado que nuestra opción religiosa no nos exime de pertenecer a nuestro tiempo y que las formas de vivir la pobreza material están sujetas a cambio, creemos que lo más importante es que manifiesten siempre que el núcleo central y la razón de ser de la pobreza consagrada es la vida y el estilo de Jesús, ser fieles a Él en lo interior y vivir, como Él, el desasimiento, vacío y pureza interior confiadas y abandonadas en las manos del Padre.

La realidad de nuestro mundo nos invita a saber vivir y administrar los bienes que nos llegan: pensiones, algunas rentas..., no desde una ocasión de acaparamiento egoísta sino desde la responsabilidad y la libertad, en solidaridad con el medio social en que vivimos y en cooperación con entidades que ayudan a los realmente pobres.

Entre las formas que ya no son signo ni testimonio de pobreza, destacamos:

a) Nivel comunitario:

- Considerar la pobreza sólo en el ámbito espiritual. Hoy, la pobreza –como lo exige el Concilio– debe ser real, aunque no mísera, con signos claros, concretos y evidentes.
- Basar la realidad de la pobreza consagrada en lo meramente exterior, limitándolo a la no

posesión de bienes materiales.

- La estructura de grandes monasterios con haciendas y trabajadores asalariados.
 - La acumulación de bienes ya sea en tierras, inmuebles, grandes acciones bancarias y riquezas de cualquier género, disponer de ellos y legarlos.
 - Mantener personal externo seglar, –a menudo sin las debidas condiciones de sueldo justo, Seguridad Social, vacaciones, horarios laborales u otros derechos– bajo pretexto de salvaguardar la clausura.
 - Vivir de limosnas, rentas o dotes dando lugar a dependencias respecto de los ricos, sin preocuparnos del trabajo como medio de subsistencia. Además de no ser conforme al espíritu de la Santa Madre, sería motivo de ser parásitos y un antitestimonio en medio de una sociedad que vive la incertidumbre laboral. Con el riesgo muy seguro de crear, respecto a los bienhechores, obligaciones a las comunidades, y un trato injusto con referencia a las demás personas y amistades.
 - Dejarnos envolver por el consumismo creándonos necesidades vanas, y gastar indebidamente.
 - Preocuparse excesivamente por el futuro, como disculpa para acumular riquezas y no desprenderse ni compartir.
 - Servirnos del status social y de las influencias de los ricos por nuestra condición de consagradas. Demasiado a menudo hemos sido “pobres” ante las cuales todas las puertas se abrían; no hemos compartido la dureza de su estamento social.
 - Las diferencias de clase dentro la misma comunidad; es una forma de marginación que relega a las personas.
- El excesivo trabajo remunerado en perjuicio de la vida de oración y comunión con Dios.
 - Una causa demasiado común es querer mantener a toda costa, un monasterio erigido cuando la falta de vocaciones imposibilita a la comunidad vivir dignamente la vida contemplativa.
 - El querer mostrar una pobreza extrema –muchas veces no real– en el vestir y en el uso de las cosas necesarias a diario. Carecer de medios modernos de uso común que facilitan tiempo para la oración y ayudan a la convivencia.
 - La excesiva ignorancia, con la subsiguiente falta de responsabilidad, del movimiento económico de la comunidad, quedando toda la responsabilidad en manos de la priora y del consejo.
 - Acogerse a la “beneficencia pública” en vez de pagar la Seguridad Social o seguros médicos. La mendicidad ni las formas de vida miserables que tampoco ayudan a los más pobres a superar su propia indigencia. Además, la extrema pobreza no permitiría llevar adelante una sana autonomía de nuestra vida religiosa.
 - Favorecer la economía a nivel individual. Es decir, si alguna comunidad llegara a admitir la libre disposición de bienes y que algunas hermanas gozaran de asignaciones para cubrir sus propio gastos.

b) Nivel personal:

- Las formas que ponen el acento en lo personal por encima de lo comunitario.
 - Todas las formas que no respetan la dignidad de la propia persona: falta de formación, higiene demasiado escasa, no cuidar la salud en su justo medio, llevar ropa rota, mal o demasiado remendada.
 - Proclamar que todo lo tenemos en común y después buscar todas las formas y maneras a nuestro alcance de mayor comodidad.
 - Una excesiva y meticulosa dependencia de la priora, justificando así gastos innecesarios o superfluos. No facilita la maduración del deseo y la responsabilidad de la propia respuesta y, por tanto, no potencia personas libres.

- Vivir pendientes de tener todo asegurado: salud, ropa, comida, cargos de responsabilidad. “*Determinaos, hermanas, que venís a morir por Cristo, y no a regalaros por Cristo*”^[30].
- Formas en las que no se tiene en cuenta el valor del cuerpo llegando a caer en estilos inhumanos, y una exigencia desmesurada hacia las demás.

3. ¿Cómo debería expresarse en el contexto socio-cultural en el que vives tu compromiso con la pobreza?

Primeramente -y vale para todos los contextos- vivir nuestra vida de carmelitas como personas orantes, fascinadas por Jesús, en quien encontraremos todo lo que necesitamos. Viviendo desde la propia debilidad su pobreza y humildad, su anonadamiento, vida y muerte, Él que “*se hace pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza*”^[31]. Pobreza que es sinónimo de generosidad, vacío espiritual, renuncia a la propia suficiencia. Viviendo nuestra vida de forma que nos haga testigos y signos de la verdad del Dios que nos habita y habita la comunidad. Esta es nuestra mayor riqueza, que compartimos viviendo en fraternidad, poniéndolo todo en común y al servicio de todas. Y sabiendo compartir también con todos los que se acercan a nosotras, toda la riqueza humana y espiritual que como mujeres, cristianas, contemplativas y carmelitas descalzas, poseemos. Nuestros monasterios deberían convertirse, también en este sentido, en lugares de acogida.

Es difícil vivir la pobreza, puesto que es una realidad de la que se habla mucho pero es algo que se siente como lejano, y sólo se aprecia de palabra, y en verdad se está rodeada de todo lo que real y efectivamente necesitamos. Deberíamos llegar a sentir como los pobres que no son ni fuertes ni poderosos, no teniendo más señorío que el abandono y confianza en Dios, que exige una identificación plena con Jesús. No se puede hablar de pobreza sin aceptar la Cruz de Jesús en el cada día de nuestra vida, con alegría y generosidad.

Es importante también la ausencia de quejas cuando se carece de algo que consideramos necesario, incluso cuando se nos estropean los planes que nos aseguran hasta el tiempo del que disponemos. En definitiva: ser de Jesús, vivir como Él y para Él y así será una pobreza gratuita. Vivir la pobreza, amarla, desecharla como una experiencia de Dios es una forma de ayudar desde nuestra vida que forma parte de nuestro apostolado específico de orar por todos los hombres, de hacer nuestros sus sufrimientos, sus alegrías y logros humanos. “*Sólo la santidad podrá rubricar y hacer exigente para toda la Iglesia el testimonio de aquellos que buscan expresar su fe y esperanza en el Señor, en el amor solidario con el pueblo pobre y oprimido...*”^[32]. Una comunidad que vive alegre en medio de su renuncia a bienes innecesarios, expresa que la felicidad profunda y verdadera sólo se encuentra en Dios y en los valores del Reino. No sin razón San Juan de la Cruz dice: “*Y sepan que no tendrán ni sentirán más necesidad que a las que quisieren sujetar el corazón; porque el pobre de espíritu en las menguas está más constante y alegre porque ha puesto su todo en nonada y en nada, y así halla en todo anchura de corazón*”^[33].

La pobreza en nuestro tiempo y entorno debemos expresarla con una vida sobria, que prescinde de lo superfluo y disfruta con lo sencillo. Entendiendo por pobreza no una carencia de lo esencial para la vida sino una austeridad en su uso; siempre como medio y ayuda en la búsqueda de lo espiritual. La sobriedad nos libera de las preocupaciones y complicaciones de una vida montada y pautada por el consumismo, que crea necesidades en función de un bienestar que él mismo anula por su carácter insaciable. El testimonio de una vida feliz, sin complicaciones innecesarias, una actitud de desprendimiento, de abnegación y libertad, tanto en los aspectos individuales como comunitarios, puede ser un anuncio de que vivimos en lo esencial.

Es importante no sólo nuestra manera de ser: viviendo con dignidad como hijas de Dios, ser delicadas con todo, no malgastar los bienes de naturaleza y de gracia, no dejarnos influenciar por el hedonismo, la moda..., sino ver cómo tratamos a los demás, estar abiertas a los más cercanos –hermanas de comunidad y de federación– y a todos los que se acercan a nosotras: disponibilidad permanente a todos.

Otra forma de expresar la pobreza es el sustentar nuestra vida del propio trabajo. El papa Pablo VI decía: “*un aspecto esencial de vuestra pobreza será el atestiguar el sentido humano del trabajo, realizado en libertad de espíritu y restituido a su naturaleza de medio de sustentación y de servicio*”^[34].

Es una disciplina necesaria para el espíritu. La ley del trabajo nos libera de muchos de nuestros caprichos y requerimientos menos elevados, como son la pereza, la desidia, el desorden, la comodidad, y nos introduce en la ascesis común del esfuerzo, la educación de las destrezas, el cansancio, la colaboración, la integración de los contratiempos y la lucha por hacer rentable el esfuerzo y el empeño común.

El trabajo bien realizado humaniza y responsabiliza. El trabajo, remunerado o doméstico, y la oración son medios constituyentes de toda vida consagrada, y más aún la específicamente contemplativa en la que hay comunidad de bienes como auténtica familia. Debemos hoy evaluar si nuestros gastos -aunque sean fruto de nuestro trabajo y podamos costearlos- son realmente útiles y necesarios. De lo contrario es un deber nuestro sintonizar con el mundo de los más pobres y, renunciando a la propia comodidad, compartir generosamente con los hermanos próximos y lejanos, pues el amor es ingenioso para procurar el bien a los que ama. *“Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma”*^[35].

El pertenecer al mundo del trabajo nos obliga a vivir “en alerta”, rechazando toda estructura de injusticia en el mundo del trabajo y de la economía, procurando estar vigilantes en lo que nos llega de las ofertas consumistas y discernir, en diálogo con la comunidad, qué es lo que puede dar testimonio de los valores evangélicos que creemos, o lo que son puros criterios que marca la sociedad de consumo. No dejarnos llevar de la eficacia a primera vista, el consumismo o la rentabilidad en primer término, todo lo cual tiende a deshumanizar. Deberíamos cultivar la belleza del trabajo gratuito en el arte o en otros trabajos que humanizan y ayudan a desarrollar la creatividad

Un paso importante hoy para la vida contemplativa es estar bien informadas de lo que se vive y qué es lo que mueve las decisiones a escala local y mundial en el mundo laboral. Nuestra vida de oración no puede prescindir del sufrimiento de los que carecen de lo más imprescindible y hemos de vivir un compromiso real, y presumiblemente eficaz, para erradicar la pobreza en el mundo. En un mundo en el que la riqueza está tan mal repartida y hermanos nuestros carecen -muchas veces no tan lejos de nosotras- incluso de lo necesario, las carmelitas descalzas como seguidoras de Jesús hemos de encontrar formas concretas de compromiso preferencial con los pobres. Es necesario tener una conciencia clara y bien formada en doctrina social. Y dicho en palabras de González Silva: *“la pobreza es hoy una invitación a la audacia de la caridad”*^[36]. No podemos olvidar que nuestros bienes no son privados sino propiedad de los más necesitados cuando su necesidad es superior a la nuestra. Hoy día es una exigencia poner en una Banca ética nuestros bienes con el fin de que sus rentas sean utilizadas con fines humanitarios y a favor de los más pobres.

Vivir una economía de ahorro, sabiendo aprovechar lo que nos dan y otros desechan, y repartir lo mucho o poco sobrante de nuestros bienes a centros especializados, como Cáritas Diocesana, Nacional, Proyecto Hombre, Manos Unidas, Intermón-Oxfam, centros misionales, ONGs serias y solventes, además de puntuales ayudas a posibles familiares en necesidad. Existen modos de ayudar sin ser necesaria una publicidad notoria. Vivimos de fe, y esta fe nos invita y nos obliga especialmente a sabernos y a ser pobres, a llevar generosamente sobre nuestros hombros el peso de una humanidad que sufre pobreza de diversas formas: soledad, enfermedad, marginación, explotación, abandono y engaños...

Y partiendo de la base que no hay una forma absoluta de pobreza evangélica voluntaria, necesitamos pedir al Señor que nos ilumine esa manera concreta de ser pobres.

No somos fácilmente del todo conscientes del valor real de la pequeñez, la debilidad y la impotencia que comporta toda pobreza humana, no sólo la material. Y no podemos limitarnos a compadecer a los pobres, pues son ellos mismos despreciados y rechazados por no encajar en el esquema social. El hecho de que un indigente sea objeto de burla, maltrato y hasta de la muerte, nos interpela acerca de la cultura que estamos viviendo.

Formamos parte de una humanidad anónima y sufriente a causa de las injusticias ante las que no podemos sentirnos indiferentes. Hemos de aprender a compartir y acompañar a nuestros hermanos en sus dificultades, búsquedas, desalientos y alegrías, sensibilizándonos con las necesidades materiales y espirituales de nuestro entorno.

El voto de pobreza en el seguimiento de Jesús nos debe acercar con sencillez a todos sin distinción de clases ni medios económicos, pues la pobreza humana no queda restringida a lo material sino que es mucho más amplia.

En definitiva, el lenguaje más universal y entendido por todos es el del amor. Y la pobreza, hoy como siempre es compromiso de amor generoso. Quienes nos sabemos amadas por Dios, debemos vivir ya la pobreza-humildad que mantenga nuestro corazón vigilante. Sólo desde ese Amor-Donación de Dios hacia nosotras, podremos ser nosotras amor-donación para los demás.

IV

LA PERSPECTIVA CARMELITANA DE LA POBREZA CONSAGRADA

1. ¿Cómo enriquece tu vivencia del voto de pobreza la perspectiva teresiano-sanjuanista?

A la luz de la vida y pensamiento de los Santos Padres Teresa y Juan de la Cruz, vemos que nuestra vivencia del voto de pobreza se enriquece de múltiples maneras y en varios niveles: exigencia de una pobreza material y espiritual, interior y exterior, personal y comunitaria; encaminada a transformarnos según la imagen de María, “anawin”, la pobre del Señor, hasta la libertad interior y total identificación con Cristo el cual “*se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza*”^[37]. En ellos, el consejo evangélico de la pobreza fue una auténtica vivencia. Condición indispensable para la vivencia de la pobreza interior es la centralidad y profundidad que en la perspectiva teresiano-sanjuanista se da al voto de pobreza consagrada. Algo tan profundo y nuclear no puede dejar de influir y potenciar todas las dimensiones de nuestro ser carmelitano contemplativo.

En nuestro carisma la pobreza material no tiene más valor que el de medio para llegar a la verdadera pobreza de espíritu, puesto que “*los bienes inmensos de Dios no caben ni caen sino en corazón vacío y solitario*”^[38] y ésta es la razón de ser y lo que motiva la pobreza material en todo aquello que es superfluo para nuestra vida de unión con Dios.

Ellos nos plantean la pobreza como camino de libertad que implica no sólo el vencimiento de las cosas exteriores, sino sobre todo, el vencimiento de sí mismas y hasta de las propias obras^[39] para dejarse llenar de Dios.

En primer lugar dándole profundidad. Su vivencia va mucho más allá de la carencia de los bienes. No se trata tanto de practicar unas virtudes, unos “consejos” evangélicos, sino que supone una actitud teológica y existencial, dándole un sentido verdaderamente cristológico. Es a Cristo a quien imitaron y hemos de imitar nosotras. El núcleo de la pobreza teresiano-sanjuanista es la opción de vida por el Absoluto y plenitud de Dios que se da y “*Él mismo quiere ser su riqueza, consuelo y gloria deleitable*”^[40].

Los pilares fundamentales para vivir nuestro estilo de pobreza consagrada son:

a) *El seguimiento de Cristo.*

El cristocentrismo teresiano-sanjuanista convierte la pobreza en amor a Cristo y seguimiento de su ejemplo: “*parezcámonos en algo a nuestro Rey, que no tuvo casa, sino el portal de Belén adonde nació, y la cruz adonde murió*”^[41]. Cristo en su condición de pobre, kénosis, nos invita a

revestirnos de sus mismos sentimientos^[42] a través del desasimiento y desnudez: “*mirando a Cristo en la cruz tan pobre... suplicábale con lágrimas lo ordenase de manera que yo me viese pobre como Él*”^[43], “*quien en esta vida no tuvo otro gusto, ni le quiso que hacer la voluntad del Padre*”^[44]. “*Mi alimento es hacer la voluntad del Padre*”^[45].

San Juan de la Cruz invita a seguir el ejemplo de Cristo, aceptando las renunciaciones inevitables de la vida como parte de la consagración, profesando a Cristo desnudamente, “*den a entender lo que profesan que es a Cristo desnudamente...*”^[46]. Nos enseña, desde su propia experiencia, cómo él mismo logró transformar la pobreza natural en opción evangélica, en solidaridad profunda y libertad: “*no tendrán, ni sentirán más necesidad que a la que quieran sujetar el corazón*”^[47]. Él presenta la pobreza material como condición para la espiritual: “*desea entrar en toda desnudez y vacío y pobre por Cristo en todo cuanto hay en el mundo pues a Él es a quien sigue*”^[48].

La pobreza como identificación con Cristo desarrolla una serie de actitudes básicas:

- Enamoramiento de Cristo, que nos lleva a la libertad sin quedarnos en una simple ascesis, más estoica o perfeccionista que cristiana.
- Confianza absoluta en Dios sin buscar seguridades humanas, abandono confiado en la providencia, personas de un solo amor, solidaridad, disponibilidad, desprendimiento en el trabajo, sencillez y alegría, libertad interior y señorío, humildad, sobriedad en el uso de las cosas necesarias.
- La exigencia propia del Carmelo, «sólo Dios basta», nos lleva a meditar sobre qué seguridades queremos poner nuestro futuro.

Todas estas actitudes facilitan el encuentro contemplativo, ayudándonos a vivir las exigencias del Evangelio con estilo propio, a seguir a Jesús asociándonos a su misterio de anonadamiento y a descubrirle cada día como el tesoro, la perla preciosa, como Aquel que da valor a todas las cosas.

b) El desasimiento radical.

El desasimiento de los bienes terrenos en orden al encuentro contemplativo con Dios se hace por amor, puesto que “*pobres y regaladas no lleva camino*”^[49]. Ello da una gran libertad interior.

La Santa Madre fundamenta toda la vida de la carmelita descalza en el desasimiento junto con la humildad y el amor de unas con otras^[50].

El desasimiento es una condición clave en la doctrina de Juan de la Cruz hacia el todo. Desasimiento que supone negación de toda propiedad y deseo de bienes creados ya sean materiales, naturales, morales o espirituales: “*porque de dos maneras es Dios ensalzado en el alma: la primera es apartando el corazón y gozo de la voluntad de todo lo que no es Dios, para ponerlo en Él sólo*”^[51]. Desasimiento que es disponibilidad total y Amor.

La vivencia de la pobreza es cuestión de amor, una manifestación de amor que busca la identificación con el Amado. Teresa no podía ser rica mirando a Cristo pobre: “*los ojos en vuestro Esposo; Él os ha de sustentar*”^[52]. Para Juan de la Cruz el objetivo no es el vacío en sí mismo sino la plenitud, contentándose en la voluntad de Dios. Si el amor de Dios llena la vida, lo que empieza siendo ascesis termina siendo pasión de amor y medio de unión con Dios, es decir, mística. Nos alcanza la liberación de los bienes espirituales como una aceptación de mi propia pobreza, la de la comunidad, la de la Iglesia. Uniendo el sentido de la pobreza con las virtudes teologales y con una actitud de servicio.

Las renunciaciones, como se ve, no se refieren sólo a aspectos materiales sino a todos los ámbitos de nuestra vida. Alegría y libertad hunden sus raíces en la pobreza.

Se aprende a vivir la pobreza de espíritu en el trato habitual con el Señor Jesús. Relativizando todo desde Cristo. Se requiere un corazón vacío y fuerte, desnudo de todo lo que no es Dios; poniéndonos en el último lugar, siendo verdaderas, relativizando las “sinrazones”,

teniendo a todos por mejores y aprendiendo de todos.

Acordes con los cambios de paradigma en nuestra sociedad, descubrimos una dimensión del voto de pobreza que es la de compartir. En esta sociedad, tanto ricos como pobres materialmente, cada vez más sedienta de Dios, debemos buscar espacios, crear recursos, momentos de compartir la experiencias de vida que tan generosamente se nos han dado, ya sea de palabra o por escrito, según la medida de las posibilidades de cada una, así como de la exigencia sentida. La dimensión apostólica de nuestro carisma nos atañe también y no sólo en el nivel puramente espiritual -que es primero en nuestra vocación- sino también con el contacto más directo adecuado a nuestra forma de vida.

c) En la imitación a María.

Considerar a María como hermana, ejemplo y compañera supone también una riqueza en nuestra vivencia del voto de pobreza. Ella, la pobre de Yahvé, la esclava del Señor, ilumina nuestro seguimiento de Cristo en pobreza y nos anima a esa radicalidad de entrega y abandono en las manos de Dios tal como fue su vida, entregada en el silencio de la propia pobreza a los planes de Dios.

María, por su apertura y disponibilidad total a Dios, es Madre del Señor. Ella es mujer de fe, siempre cercana y solidaria con el prójimo, vigilante a las necesidades de los que la rodean^[53].

Teresa nos invita a dirigirnos a la Virgen solicitando su ayuda para vivir en plenitud nuestro voto y, como ella, estar abiertas confiadamente a Dios, esperándolo todo de Él, fiándonos de su providencia. El pobre de espíritu vive libre y alegre con sólo Dios.

En segundo lugar dándole actualidad.

Teniendo en cuenta los contenidos básicos del carisma teresiano-sanjuanista respecto al voto de pobreza, al intentar vivir desde ellos, nos aportan una gran riqueza humana y espiritual, ayudándonos a ser hijas de la Iglesia y de nuestro tiempo en la concepción y vivencia de la pobreza, con criterio de solidaridad y justicia. La pobreza vivida así es un camino abierto a la esperanza.

La doctrina de nuestros Santos Padres acude muchas veces a nuestra mente y a nuestro corazón en las situaciones concretas de pobreza que se nos presentan como carmelitas. Ellos pusieron la pobreza en lo esencial. Tenemos que decir también que nuestra Santa Madre no descubrió el valor de la pobreza desde el principio; fue al ser consciente de la situación de la Iglesia y la sociedad de su tiempo, cuando se sintió urgida desde el amor de Cristo a abrazar la pobreza como una llamada vocacional. Se dio en ella un itinerario interior que va desde la pobreza radical y externa a una pobreza más interior; podemos verlo en sus Fundaciones donde se va dando una flexibilidad que le permite incluso admitir monasterios con renta. Nos pide a sus hijas que vivamos en verdad la identificación con Cristo pobre, que es válida en todas las épocas, dice así: *“Sería engañar al mundo otra cosa, hacernos pobres no lo siendo de espíritu, sino en lo exterior”*^[54].

De nuestros Santos Padres hemos aprendido cómo vivir la pobreza evangélica, luego cada una de nosotras la va enriqueciendo y actualizando en la vivencia personal y comunitaria, en la oración y el trato con las hermanas. La vivencia que nos transmiten de la pobreza es una llamada constante a estar abiertas, a dejarnos interpelar desde la vida misma, a no quedarnos tranquilas con lo ya conseguido. Necesitamos seguir leyendo los números 30-39 de nuestras Constituciones para preguntarnos desde su vivencia y desde el Evangelio cómo avanzar hacia una vivencia más verdadera y, en consonancia con nuestro tiempo, actualizar nuestra opción de pobreza. Para nosotras, Teresa y Juan de la Cruz son testigos de una certeza: Dios no falla y, con Él como riqueza, nos vamos desprendiendo de las cosas aunque hagamos uso de ellas.

La verdadera pobreza, principalmente vacío del propio yo, es un elemento necesario para poder vivir las relaciones fraternas con espontaneidad, transparencia, naturalidad y en verdad.

2. ¿Qué otros aspectos descubres a la luz de tu experiencia, en la forma de vivir la pobreza a la luz del carisma y de la espiritualidad del Carmelo?

Todos los elementos fundamentales los tenemos en nuestras Constituciones: exigencia del desasimiento de los bienes terrenos, humildad y sobriedad en el uso de las cosas, asiduidad en el trabajo como un servicio mutuo en el amor, conscientes de asociarnos a través de él a la obra redentora de Cristo, abandonándonos confiadamente en la providencia; vivirlo sin agobios, sin caer en el activismo^[55], convirtiéndolo en medio de sustento propio y de servicio a los pobres. Es un testimonio eficaz^[56]. Es un camino de liberación que nos lleva al servicio y nos hace vivir con mayor entusiasmo y realismo la fraternidad, porque tanto los bienes espirituales como los materiales se ponen a disposición de todos.

Otro aspecto de la pobreza en nuestro carisma es la exigencia de dependencia de los superiores en el uso y disposición de los bienes, nadie debe considerar nada como cosa propia^[57], cuidando que las cosas de uso común estén al servicio de todas; poniendo al servicio de las hermanas las cualidades humanas, morales y espirituales; siendo capaces de comprender sus debilidades, tanto físicas como morales teniendo un corazón compasivo, *“no puede haber humildad sin amor, ni amor sin humildad”*^[58].

El agradecimiento, dentro del espíritu de la Santa Madre, es una característica esencial en nuestra manera de vivir la pobreza. *“me parecía virtud ser agradecida”*^[59]; *“... con ser yo de mi condición tan agradecida...”*^[60]; *“quiere el Señor que, aunque viene de su parte, lo agradezcamos a las personas por cuyo medio nos lo da; y en eso no haya descuido”*^[61]; *“bien veo que no es perfección en mí esto que tengo de ser agradecida; debe ser natural, que con una sardina que me den me sobornarán”*^[62]. La doctrina de nuestros Santos nos llevará a un desprendimiento y pobreza de corazón. Cuanto más dejamos que la gracia de Dios actúe en nosotras, más nos iremos liberando no sólo de los bienes materiales sino también de nuestro yo, autosuficiencia, criterios. Si Dios encuentra un corazón libre de posesiones a todos los niveles, Él puede llenar ese corazón. Debemos conocer el valor económico de todo aquello que necesitamos o usamos, para actuar responsablemente conforme al voto de pobreza.

A la luz de nuestra experiencia personal y comunitaria descubrimos varios aspectos:

a) A nivel comunitario

- Principalmente descubrimos que teniendo el voto de pobreza una gran carga de profundidad vital, que pretende “regular” el deseo de poseer y de “ser” de la persona, el valor auténtico se lo da el amor a Cristo y la vivencia del Evangelio, es decir su valor teologal. Por ello el voto de pobreza se convierte en nuestra vida humana y carmelitano-espiritual en un proceso que vamos asumiendo como un camino de identificación con Cristo pobre. Esto es fuente de gozo, serenidad, y alegría al nacer de un corazón enamorado, no de un voluntarismo personal, que va más allá de la ascesis de la pobreza.
- Descubrimos que la vivencia del voto de pobreza es una oportunidad de gracia y fidelidad creativa. Su vivencia nos introduce en el corazón de la humanidad desde el deseo de dar con la fuente de Vida y a la vez nos obliga a dar respuestas valientes y creyentes abiertas a la obra de Dios, colaborando con el Espíritu, y ofreciendo al hombre de hoy un lugar para la experiencia de Dios desde las actitudes de pobreza evangélica.
- Constatamos que estamos llamadas a profundizar hoy en las nuevas formas de pobreza como la “no significatividad” que se convierte en una tarea y una misión, ya que la sociedad en que estamos inmersas no conoce al Dios de Jesús y a la vez anhela su encuentro. Debemos ser testigos creíbles de Dios.

b) A nivel personal

- La vivencia de la pobreza desde el carisma teresiano-sanjuanista, nos ayuda a crecer en libertad y en verdad. Estamos llamadas, como Juan de la Cruz nos dice, a pasar por la vida sin poseer, potenciando la fraternidad desde actitudes de servicio que fomentan la igualdad entre todas y en solidaridad con los pobres del mundo. Por otro lado, la pobreza como actitud espiritual conlleva renuncia, olvido propio y purificación interior, pero alimentadas por una oración humilde que nos obliga a confiar en Dios y seguir sus caminos.
- También descubrimos que María se convierte en modelo, ya que ella misma es la «pobre de Yahvé»; y a la vez nos impulsa a acoger las inspiraciones de Dios y, como ella, ante las necesidades de nuestros hermanos, cumplir nuestra misión de orantes.

- La conciencia de saber quienes somos y quien es Dios, da la experiencia de la verdadera pobreza, propio conocimiento en la doctrina teresiana. Desde esta experiencia de Dios y de la gratuidad con que Él nos da todo, surge nuestra opción por compartirlo todo, sin tener nada como propio.

La pobreza no es algo hecho o adquirido con la profesión, sino que comporta el sufrimiento y la incertidumbre. Conlleva asumir las propias impotencias, aceptar los desafíos de nuestra vida, trabajar el desasimiento y vaciamiento de los apetitos por una experiencia de amor. Es todo un reto en continuo “sí” a las inspiraciones del Espíritu Santo.

Riesgos de mal interpretar la doctrina de nuestros Santos sobre la pobreza.

- Un cierto dualismo existente entre la teología escolástica y la espiritualidad de nuestros Santos con el riesgo de interpretar, lo cual se ha hecho después, que las cosas son en sí mismas un impedimento para llegar a Dios, como si su propia entidad fuera contraria a él, y el resultado debiera ser optar por Dios o por ellas. De hecho tanto la doctrina como la praxis de los Santos es totalmente diversa: *“Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos y la Madre de Dios y todas las cosas son mías,^[63] y el mismo Dios es mío y para mí”^[64].*
- Convertir la pobreza en mezquindad.

Retos.

- La formación inicial y permanente, el trabajo, el cuidado de las enfermas cada vez en aumento por longevidad de las hermanas. Todo estos retos requieren hoy formas y métodos, no conocidos en tiempos de nuestros Santos; esto supone a menudo una asignación económica a favor del rendimiento, ahorro de tiempo, y perfección en el trabajo, pues de lo contrario se crea un “stress” poco favorable a conservar y salvaguardar la primacía de lo “único necesario”.

3. *¿Qué enseñanzas de otros santos del Carmelo, además de nuestros Santos Padres, enriquecen el sentido y los cauces de nuestro voto de pobreza?*

El amor es la única realidad que da valor, anima, da sentido y lleva a cabo nuestro voto de pobreza. Este voto es fecundo en cuanto es un servicio al amor: dejar en nuestro corazón el espacio libre sólo para Dios. En este sentido todos los santos del Carmelo nos dan muestras de la primacía del amor, cada uno según su vocación personal en la Iglesia, el tiempo, circunstancias y condiciones en que le ha tocado vivir. Amor a Dios, a Jesús y amor a los hermanos que les lleva a vivir en solidaridad con ellos, compartiendo los mismos sentimientos, y todo ello en un nivel material también, pero sobre todo en un nivel profundo, existencial, en fe y en amor. Creyeron sin reservas en Cristo y en su amor, aceptando sin condiciones las exigencias del Evangelio.

Todos nuestros santos nos ofrecen su propio mensaje y a todos otorgamos nuestro reconocimiento y gratitud.

Destacamos de entre todos ellos los que han tenido, desde su magisterio, mayor influencia en nuestra vida y en la de la Iglesia.

Sus descubrimientos personales han iluminado nuestro vivir vocacional. En el relato de su vida la vemos practicar la virtud y la pobreza sin dejar escapar ningún detalle. Nos enseña que la verdadera pobreza consiste en amar nuestra pequeñez, para así vivir en la confianza y el abandono: *“Jesús se complace en enseñarme el único camino que conduce a esa hoguera. Este camino es el del abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos del Padre...”*^[65]. Su actitud de presentarse ante Dios con las “manos vacías” es también una forma de vivir la pobreza personal sintiéndonos pequeñas ante Dios.

De ella hemos aprendido a amar nuestra propia pobreza, fuente de paz y equilibrio.

En sus cortos años de vida religiosa se fue dando una evolución interiorizando su sentido de la pobreza; no tuvo nunca en la comunidad derecho al ejercicio del voto capitular, haciendo de maestra de novicias cuando en realidad era ayudante de la misma, esa es una de las formas con la que se pone al servicio de las hermanas, dejando en «lugar aparte» el amor propio de no saberse valorada.

Se trata de una vida caracterizada por la humildad, la sencillez y la confianza, concretada en el abandono total en la misericordia del Padre: *“no quiero recoger méritos para el cielo, quiero trabajar sólo por tu amor, con la única finalidad de complacerte”*^[66].

En su camino de vivir el Evangelio, descubrimos su actitud de pobreza sin ataduras ni rigorismos, con sencillez y amplitud de miras, en dar preferencia a las iniciativas de las hermanas.

La pobreza la vivió de forma más real en el proceso de su enfermedad, careciendo de lo más esencial, sin dar muestras de inquietud, *“se siente una paz tan grande al saberse pobre y al no contar más que con Dios”*^[67].

Vivió la solidaridad y soledad, en su «noche oscura de la fe», con el mundo del ateísmo: *“Oh Jesús, es preciso que la mesa ensuciada por ellos sea purificada por un alma que te ama, quiero comer sola el pan de la prueba hasta el día en que te plazca introducirme en tu luminoso Reino. Sólo te pido la gracia de no ofenderte”*^[68].

Beata Isabel de la Trinidad, Isabel Catez.

Su vida es una respuesta al amor que Dios nos manifiesta, un Dios que es comunidad de amor, habita en nosotros y quiere hacerse amar de nosotros.

Ha comprendido el camino para vivir la pobreza, ahondando muy especialmente en la pobreza interior. Ya antes de entrar en el Carmelo, escribía: *“la pobreza no consiste solamente en renunciar a las riquezas, al bienestar. Es también desprendimiento afectivo, desapego, renunciás”*^[69].

A través de su Diario Espiritual podemos ver las exigencias concretas de la pobreza que vive. Como pinceladas de su vida destacamos que fue capaz de optar, desde su corazón enamorado, por Jesús pobre y sufriente, frente a una propuesta de casamiento muy halagüeña, precisamente un Viernes Santo, por otra parte desde su corazón de artista renunció a su brillante carrera musical. Su vocación de carmelita aparece ante ella como una entrega incondicional a Jesús desde la pobreza: *“Seré entonces tu esposa, una humilde y pobre Carmelita, una crucificada como Tú.”*^[70]. En ella descubrimos que la meta de su vocación carmelitana está en desprenderse de todo, con el fin de identificarse con el *“crucificado por su amor excesivo”*^[71]. Ya en el Carmelo, en sus cartas, pide que algunas cosas que le van a enviar sean sencillas *“para no extralimitarnos en nuestro espíritu de*

pobreza',^[72], pero, sobre todo, la pobreza es para Isabel dejarse hacer, estar disponible, desaparecer, entregarse a la acción creadora de Dios, reconociendo su impotencia: *“pero reconozco mi impotencia, por eso os pido ser revestida de Vos mismo, identificar mi alma con todos los sentimientos de vuestra alma, sumergirme en Vos, ser invadida por Vos, ser sustituida por Vos para que mi vida sea solamente una irradiación de la vuestra”*,^[73].

En las últimas semanas de vida comprende que para ser “*laudem gloriae*”, es decir, una perfecta alabanza de gloria: *“es necesario sacrificarlo todo por Dios”*, despojándose de sí misma y de todas las cosas: *“Por Él, para adorarle siempre, me he aislado, desprendido y despojado de mí misma y de todas las cosas, tanto los bienes naturales como de los dones sobrenaturales de Dios”*,^[74].

Ella vive de su único amor: Jesús crucificado, entregando como Él su propio cuerpo consumido por la enfermedad y el deseo cargado de la certeza: *“me voy a la Luz, a la Vida, al Amor”*,^[75].

Santa Teresa Benedicta de la Cruz, Edith Stein.

Su experiencia de pobreza va mucho más allá de su vida de Carmelita, se enmarca dentro del sentido que ella tenía de la ascesis personal que adquirió a través del ambiente familiar y de su serio trabajo intelectual.

Para ella, seguir a Jesús implica, necesariamente, la opción por la pobreza porque Él ha elegido este camino. Pero a la vez entiende esta renuncia como liberación del corazón frente a la atadura que suponen los bienes materiales: *“el corazón del hombre tiene que estar libre de toda atadura a los bienes terrenales, de la preocupación por ellos, de su dependencia y de las ansias de poseerlos si quiere pertenecer totalmente al divino Esposo y si quiere que su voluntad esté atenta a todas las insinuaciones de la santa obediencia en una disposición sin trabas”*,^[76].

Su pobreza se refleja en el desprendimiento de todos sus títulos por un don mejor: vivir con Jesús en la vida sin brillo en el Carmelo.

Se entrega a todos los trabajos con generosidad: pese a su inexperiencia, soporta con serenidad, entereza y madurez humana el ser considerada poco hábil en la realización de los trabajos caseros, para los que no estaba acostumbrada, ya no es la gran intelectual, se convierte en una sencilla hermana; en todo ello vive un progresivo despojo por parte del Señor. No hay que olvidar el gran aprecio que tenía a la solemnidad litúrgica que había vivido anteriormente y que en el Carmelo queda reducida a una liturgia más sobria.

Identifica pobreza con libertad: *“la perfecta libertad es la perfecta pobreza de espíritu”*,^[77].

Señala claramente que *“la abundancia y la comodidad burguesa contradicen el espíritu de pobreza”*,^[78]. Y ve como peligro los apetitos, las preocupaciones externas, el activismo, y el sobresalto en vez de abandonarse a la providencia: *“El voto de pobreza pretende darnos la despreocupación de los gorriones y de los lirios, para que el espíritu y el corazón estén libres para Dios”*,^[79].

Nos enseña que *“el Reino de los cielos es, ante todo, la vida de la filiación divina: la certeza embriagadora de estar protegidos por una bondad y un amor infinitos e inmutables: el amor del Padre que conoce todas nuestras necesidades y que tiene preparado un remedio para cada una”*,^[80].

En Edith no es tan importante la pobreza material cuanto la pobreza interior: *“La alabanza de la pobreza en espíritu no debe significar desconsideraciones de la pobreza externa y prometida. La pobreza no consiste sólo en soportar privaciones en alimento, vestidos, etc. sino en la voluntaria aceptación sobre sí mismo de las limitaciones de libertad que traen consigo ¿qué es lo que nos falta para el apasionado amor por la auténtica y evangélica pobreza, como era tan propio de los*

santos?’,^[81].

Buscando la verdad lo deja todo para seguir al Jesús que conoció con la lectura del libro de la Vida de la Santa Madre, hasta el despojo final por amor a su Dios y en solidaridad con el pueblo de su raza, el pueblo judío, dando testimonio de paz y alegría. Esta pobreza abrazada con amor, la condujo a la identificación total con el Crucificado, que culminó con el martirio. De hecho, esta entrega real de su vida en el martirio previsto y aceptado confiere a la doctrina de los Santos Padres un alcance que ellos desearon pero no lograron.

Siempre serena, dejando que sucedieran las cosas sin prisas, en las manos de Dios; no poniendo resistencia alguna al desarrollo de los acontecimientos que la llevaron al martirio: *“la pasión y muerte de Cristo no se comprende sino imitándolas, no se viven sino repitiéndolas en la propia carne”*,^[82].

Santa Teresa Margarita del Sagrado Corazón de Jesús. Ana María Redi.

La mayor lección de pobreza que nos da, es su vida escondida: *“Abscondita”*, como le gustaba llamarse. Tan escondida, que aún hoy es poco conocida. Su frase *“todo es nada”*, la define.

Lo dio todo siguiendo a Aquel que llenaba su corazón de amor, Jesús.

Ella tenía en gran estima el voto de pobreza y lo practicaba en todas sus tonalidades, desde las más sólidas, teológicas y psicológicas, que entraña su contenido como condición para la plenitud en Dios, como liberación del espíritu, con el consiguiente señorío de las cosas, hasta la tersura de todos los deseos de su corazón que derivan en finísima caridad.

Uno de los detalles que mejor delatan y gradúan el espíritu de pobreza religiosa es la laboriosidad y el buen empleo del tiempo. A este respecto dice una hermana de comunidad: *“Empleaba cualquier resquicio del tiempo en practicar la caridad y vivía con una atención continua la pobreza...”*,^[83].

Santa Teresa de Jesús, de los Andes. Juanita Fernández.

Esta santa carmelita chilena vivió su primera experiencia de pobreza en el seno de su familia, la cual fue causa de humillación que ella vivió con alegría. El modo como ella la vivió nos enseña a saber asumir los contratiempos con altura espiritual y gran madurez, y todo ello nos lanza a poner nuestra confianza en sólo Dios, *“la verdadera pobreza consiste en no poseer ni aun nuestra voluntad, estar despegadas de nuestro propio juicio. No poseyendo nada toda la capacidad de poseer la llena Dios solo. La carmelita sólo debe poseer a Dios”*. *“No desear nada. Rechazar todo pensamiento de ambición. Desear ser tratada como una pobre esclava. Ser pobre de manera que aparezcamos así ante todos”*. *“Dios me dio a entender que yo estaba apegada a los consuelos y gustos sensibles de la unión divina...”*. *“Mi resolución fue renunciar a toda comodidad...”*,^[84].

Opción por la pobreza más radical. De hecho ella escogió el Carmelo de los Andes por ser más pobre y austero. Escribe a su amiga M^a Luisa Valdés: *“Mi convento tiene un aspecto lo más pobre posible. No tiene forma de convento, pues es una casa vieja y fea: pero esa pobreza habló y conmovió mi corazón más de lo que te imaginas”*. Por la misma fecha dice a la M. Angélica: *“la sola vista de mi convento llenó de gozo mi alma, su pobreza me atrajo”*.

Postergada, humillada pero no vencida. Buscaba eclipsarse en Dios, anonadarse totalmente,

“Todo olvidado para ponerlo en Dios, no quejarnos por nada. Dar gracias a Dios cuando nos haga falta algo”. “Siendo pobre me parezco más a Aquel que no encontró dónde reclinar su cabeza”. La semejanza con Cristo será con el tiempo el único motivo de todas sus decisiones.

Con relación al Carmelo descubre que la pobreza además favorece la unión con Dios: “*la pobreza del Carmen me encanta; pues no teniendo nada, el corazón permanece puro sólo para Dios*”^[85]. En el retiro de Agosto de 1917 dice: “*¿Para qué apegarse a cosas transitorias que no me llevan a Dios, que es mi fin?*”.

Su muerte prematura fue, de alguna manera, una consecuencia de su opción por la pobreza, se identificó con Cristo pobre y aceptó su final con paz y amor.

Otras figuras relevantes.

No queremos dejar de mencionar a los hermanos que junto con nuestros Santos Padres fueron artífices de la realización, desarrollo y expansión del carisma en la etapa fundacional, en los que encontramos también un claro ejemplo de desprendimiento radical y pobreza en defensa del carisma: María de San José, Ana de Jesús, Ana de San Bartolomé y el Padre Jerónimo Gracián.

Posteriormente a lo largo de la historia del Carmelo encontramos otras figuras relevantes que son estímulo para nosotras en la vivencia de la pobreza.

Muchas hermanas de nuestras comunidades, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida, cercanas a cada una de nosotras, que nos han ayudado con su ejemplo y donación a conocer y vivir la pobreza carmelitana. Todas ellas coinciden en la libertad y desasimiento que nos llevan a gozar “*la cena que recrea y enamora*”^[86].

La lectura y estudio de nuestros Santos Padres, nos ha hecho comprender que la verdadera pobreza es la que nos hace libres en el Amor.

Mientras nuestros corazones estén apegados a las cosas materiales e incluso espirituales, no pueden encontrar la verdadera paz y alegría, que está en Dios. Sólo el desasimiento de todas las cosas, en el vacío de nosotras mismas, puede ayudarnos a preparar el encuentro contemplativo con Dios, único Absoluto.

V

PERSPECTIVA PRÁCTICA DE LA POBREZA CONSAGRADA

1. ¿Tenemos una visión clara de las implicaciones prácticas en la forma de vivir nuestro voto de pobreza en el mundo de hoy y, en particular, en nuestro ambiente social, cultural y económico?

Consideramos que en estos momentos tenemos una visión más clara que en otras épocas, al menos a nivel conceptual. Pero vemos necesario hacer ciertas matizaciones dado que la experiencia nos hace ver que no se puede generalizar. Cada comunidad, según el entorno social, cultural y económico en que se encuentra emplazada, necesariamente tiene una respuesta con matices diversos. Sin duda, es deseo de todas llegar a tener una visión clara de las implicaciones que debe comportar nuestro voto de pobreza y ser consecuentes en la práctica. Pero dados los fuertes cambios socioeconómicos de nuestra sociedad de bienestar, vemos necesaria una reflexión más larga y un juicio maduro y crítico que nos obligue a replantear nuestros puntos de vista, buscando en los signos de los tiempos el soplido del Espíritu que manifiesta la voluntad de Dios para que nuestras comunidades sean un signo visible de nuestra opción por la pobreza.

Para ello será bueno una información alternativa y vivir un poco contra corriente frente a la sociedad de consumo. Queremos estar informadas y saber encontrar el justo medio para vivir nuestro voto de pobreza de acuerdo con el ambiente que nos rodea. También nos interesamos por conocer la situación de desigualdad económica que comporta para muchos de nuestros hermanos el proceso de globalización. El voto de pobreza, ahora más que nunca, nos impele a vivir constantemente en estado de alerta, y saber corregir posibles desviaciones en la dirección que sea.

A su vez afirmamos que nuestra forma de vivir las implicaciones prácticas del voto de pobreza, tiene su motivación profunda en el amor de Dios que ha creado los bienes del mundo, por ello no podemos perder la perspectiva cristológica y espiritual de la pobreza, sin la cual ésta no tiene sentido. Nuestra vida de pobreza es consecuencia de nuestra opción por Jesús. Desde ahí podemos decir como señala el monográfico de la revista Vida Religiosa ‘*Pobreza tú eres mi bien*’: ‘La clave está en el corazón, en las actitudes de vida, en el amor, en la entrega, en desposeerse’. Desde la pobreza evangélica nos sentimos liberadas en Cristo y, como consecuencia, por encima de los bienes está la persona. Vemos con claridad que la pobreza así concebida nos convierte, como a nuestros Santos Padres, en testigos proféticos del ‘sólo Dios’.

Por otro lado somos conscientes de que nuestra forma de vida contemplativa carmelitana, no agota las formas de vivir la opción por la pobreza. Tenemos el peligro de vivir la pobreza de forma intimista, es decir de puertas hacia dentro. De hecho hay comunidades que resaltan que la vivencia del voto de pobreza es difícil y siempre resulta ambigua. Se dan casos en los que nuestros monasterios son grandes edificios antiguos con rico patrimonio histórico que tenemos que conservar; en otros casos, se encuentran en zonas ricas y céntricas, no pudiendo cambiarlos, en ambos casos, por otros más sencillos en zonas periféricas. No todo depende de nosotras ni está en nuestra mano solucionarlo o corregirlo. Pero teniendo en cuenta la sociedad en la que se encuentran insertas nuestras comunidades, y la sensibilidad del hombre actual, no podemos vivir aisladamente nuestro voto de pobreza, sino que ha de tener dimensiones sociales, culturales y económicas; tiene que ser inteligible para el hombre de hoy.

Desde esta sensibilidad señalamos ciertas claves a tener en cuenta:

- *Sencillez de vida*
en casas, estructuras, medios de subsistencia y de transporte. En la asidua aplicación al trabajo sin dejarnos llevar por el agobio ni por el lucro. Traemos aquí el pensamiento de la Santa Madre: ‘*Ni se porfíe en lo que han de dar por ello, sino que buenamente tomen lo que se les diere, y si vieren que no les conviene, no hagan aquella labor... cada una procure trabajar para que coman las demás*’^[87]. Y luego dice citando la Regla: ‘*Téngase mucha cuenta con lo que manda la Regla: que quien quiera comer que ha de trabajar, y así lo hacía San Pablo*’^[88]. La sobriedad de nuestra vida debe ser una alternativa a la sociedad de consumo en la que estamos inmersas y de cuya influencia es casi imposible escapar.
- *Comunión de bienes,*
como expresión de la pobreza en fraternidad. Este es un medio para liberarnos de la preocupación por el poseer y, al mismo tiempo, ayuda a que se potencien valores superiores que nos hacen más evangélicas. Como consagradas estamos llamadas a compartir tanto los bienes morales y espirituales, como los materiales y económicos, como expresión y estímulo de una realidad profunda y abierta a todos, cuya clave está en el corazón sencillo que se entrega sin distinción de raza, color, cultura, religión... Por otro lado, siempre será testimonio de pobreza, que por oculto no deja de ser eficaz, la desposesión de nosotras mismas, la disponibilidad de nuestro tiempo y aptitudes.

• con los pobres, parados, familias necesitadas... La solidaridad elimina las raíces de injusticia y nos aleja de la sociedad de consumo. La solidaridad supone ponerse en la realidad del otro y conlleva capacidad de inserción cultural en medios más sencillos. Frente a la sociedad postmoderna del bienestar que vive lo inmediato, lo eficaz y placentero, sentimos que es prioritario mantener nuestro modo de vida sencilla que se conforma con lo necesario, desarrollando cada vez más el sentido de lo gratuito. Luego, creemos, que debemos vigilar para no colaborar con actuales estructuras de injusticia. Sería bueno depositar los bienes necesarios en entidades que nos conste que, de forma ética, sus beneficios se emplean para una vida humanamente más digna a favor de los pobres.

Y porque nuestro voto de pobreza abarca a toda la persona vamos tomando conciencia de que desde el compromiso expresado en él, debemos vivir:

- *La dimensión social de la fe* analizando la realidad a la luz del proyecto de amor de Dios para todos, anunciando este proyecto con nuestra forma de vivir y denunciando, con nuestra elección de pobreza, lo que se opone a él y las situaciones de pecado social y estructural.
- *La dimensión social de la esperanza* procurando crear dentro y fuera de nuestras comunidades una real fraternidad como anuncio del Reino que vendrá. Y, como mujeres, luchando con nuestra actitud y firmeza por la igualdad en dignidad de todo ser humano, sea hombre o mujer.
- *La dimensión social del amor* procurando evitar en nuestras casas la mentalidad consumista, creándonos necesidades que no son tales y que originan personas cerradas, egoístas. Favoreciendo el «comercio justo» en beneficio de grandes masas de obreros cuyo trabajo está injustamente remunerado. Colaborando, en las formas a nuestro alcance, con ONGs que luchan contra la injusticia, la tortura, la pena de muerte... En cuanto sea posible evitando favorecer a los comercios propiedad de las multinacionales causantes de muchas pobrezas e injusticias, y favoreciendo —quizás a costa de nuestros propios recursos económicos— las empresas pequeñas, familiares, socialmente más humanas. Y, como hemos mencionado ya, vigilar en depositar nuestros ingresos en bancas éticas y solidarias.

2. ¿Cómo expresamos en nuestro ambiente social, cultural y económico la sencillez y sobriedad de vida que exige nuestra pobreza consagrada?

En principio, creemos que es importante ser conscientes del ambiente y la cultura en la que nos encontramos, para afirmar con sencillez que desde nuestra opción de vida contemplativa, estamos llamadas no sólo a dar testimonio de pobreza, sino también a recrearla evangélicamente. Esto supone no olvidar que el fin de la pobreza consagrada es la identificación con Cristo. Ser pobre no es meramente carecer de bienes materiales, sino una actitud del espíritu, de entrega, de amor, un modo de ser, un estilo, un comportamiento existencial, una apertura a Dios, a los hombres, al mundo entero.

Nuestra opción por la pobreza supone entregar lo que se es y lo que se tiene, mostrando desde la comunión de vida la primacía de Dios y del Evangelio, llegando a ser símbolo y testimonio de una relación de fraternidad que se va creando y haciendo cada día más profunda, porque arranca del seguimiento a Jesús pobre. Para que esto tenga lugar, es preciso morir a un cierto tipo de actitudes y relaciones, cuya base es el dominio y la posesión. Esto supone una disponibilidad total y desarraigo afectivo y efectivo.

Expresamos en nuestro ambiente la sencillez y sobriedad de nuestra opción por la pobreza evangélica por medio de:

- *Vida* Orante, a través del testimonio de nuestra vida contemplativa orante, pobre y sin relieve, ‘*vuestra*

vida está convida con Cristo en Dios,^[89] sin ninguna ostentación pero testificando que Dios existe y es amor. Creemos que el testimonio de pobreza que tenemos que dar es, como el de María, vivir desprendidas de las cosas materiales y espirituales. Ella es nuestro modelo con su vida sencilla y su seguimiento de Cristo hasta el fin. Aun siendo nuestra vida poco reconocida, posee un anhelo constante de santificación, cuyo motor es la primacía de la gracia frente al relativismo reinante, la descristianización, la crisis de fe y de valores superiores.

- *Vida Fraternal*, a través de la propia autenticidad y el cuidado de la fraternidad en la vida de comunidad. Nuestra opción de vida en común, vivida con sencillez pero con exigencia, es una expresión de nuestro voto de pobreza. En nuestra vida fraterna ponemos todo en común desde nuestros bienes personales y espirituales hasta los materiales y el fruto del trabajo. En la vida de comunidad experimentamos las pobrezas reales como son: la edad avanzada de las hermanas, la falta de vocaciones, las diferencias culturales y las limitaciones personales que debemos asumir con esperanza, los distintos ritmos de cada hermana al vivir la fe y la virtud, la perspectiva de un futuro incierto... Todo esto nos hace ser conscientes de que para vivir las exigencias de la pobreza debemos apoyarnos mutuamente y trabajar personalmente para construir la fraternidad.
- *Compartir los bienes*, especialmente el don de nuestra fe y entrega a la Iglesia; sabiendo acoger con generosidad y creatividad a cuantos se acercan a nuestros monasterios con sus necesidades materiales y espirituales; sabiendo escuchar, con el deseo sincero de buscar soluciones; ofreciendo parte de los espacios de que disponemos a personas o pequeños grupos que piden ser acogidos para retiros, días de silencio, jornadas de formación, cuidando que no sea en menoscabo de la soledad y recogimiento propios de nuestra forma de vida. Todas estas actitudes contribuyen a mantenernos disponibles y abiertas, su vivencia nos hace sensibles y compasivas con las necesidades y carencias ajenas.
- *Sencillez de vida*, intentando que nuestra vida se mantenga en un ritmo y formas sencillas respecto a la casa, muebles, ropa, comida, medios de transporte... , evitando lo superfluo y cuidando los aspectos que puedan herir la sensibilidad de nuestro entorno, frente al materialismo ávido de poder y bienestar. Favoreciendo una sensibilidad ecológica a través de la cual aprovechamos los productos que utilizamos y los ponemos en medios de reciclaje, vigilando y cuidando de esta forma las fuentes de energía.
- *Trabajo solidario*. Somos solidarias por medio de una economía sencilla y el sentido del ahorro -no mezquindad- que tienen como motor someternos a la ley común del trabajo, no sólo del trabajo bien remunerado, del que queremos vivir, sino de otros tipos de trabajos o tareas con los que nos autogestionamos. Con esfuerzo contribuimos mediante la cotización a la Seguridad Social, a mantener el sistema sanitario de todos los trabajadores como nosotras y sostenemos así la posibilidad de asistir a los indigentes. Por otra parte la vivencia de la pobreza en el trabajo supone no sólo ser responsables y tener un sentido del servicio y de la solidaridad, sino también ser cuidadosas con nuestros útiles de trabajo.

3 ¿De qué manera compartimos los bienes con otros monasterios y con los pobres?

La vivencia de la pobreza con lo que conlleva de compartir los bienes y el amor a los pobres es importante para nosotras, puesto que supone el seguimiento a Cristo pobre que a su vez supone la renuncia de las cosas terrenas por el Reino. “*Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna*”^[90]. La renuncia a las cosas terrenas nos ayuda a vivir en libertad y sencillez. Por otra parte descubrimos que en no pocas ocasiones la vivencia de la pobreza al compartir los bienes, se une a la de la caridad.

En la santa Madre vemos como desde el amor a la pobreza nos inculca en el carisma: “*los bienes que hay en la pobreza*”, haciéndola escudo de armas, para combatir la buena batalla, con una

El amor por los pobres tiene que ser algo sencillo y cotidiano en nuestra vida, aunque pueda tener variadas facetas. Debe estar nutrido por una fe viva, y una esperanza solícita que nacen del encuentro en la oración con el Señor. Si los pobres están en el corazón del evangelio y de la Iglesia, también deben estar en el centro de nuestro corazón.

a) Con otros monasterios:

En primer lugar creemos que es importante ser solidarias con nuestras hermanas más cercanas. En todas las Federaciones se respira un sentido de familia, y de pertenencia a la Orden. Esto ha ido haciéndonos más sensibles a las necesidades de las comunidades de nuestras respectivas Federaciones y del resto de la Orden. Compartir nuestros bienes tanto de personal como económicos, espirituales... , se ha convertido, para alguna Federación, en una forma de vivir la fraternidad carmelitana y por lo tanto en una expresión de la opción por la pobreza evangélica; respetando, excepto en casos puntuales y –salvando siempre la autonomía de los monasterios– que sea el consejo de la Federación quien examine, ordene y organice las ayudas a las comunidades.

Constatamos en nuestras comunidades, desde nuestras respectivas situaciones y realidades, que compartir los bienes nos va ayudando a abrir horizontes, y a no vivir mirando únicamente por el propio interés de la comunidad. Pero también tenemos que decir que somos conscientes de que estamos en camino, y que todavía se dan posturas de individualismo: nos cuesta dar de lo que a veces no nos sobra, dado los límites de salud, personal, y otras carencias comunitarias, y en otros casos nos cuesta aceptar las ayudas que se nos brindan. Por otro lado, se tienen en cuenta los criterios que a este respecto se han impartido del centro de la Orden.

La manera más habitual de compartir los bienes con otros monasterios suele ser:

Económicamente.

Casi todas las comunidades conocen la experiencia de haber ayudado económicamente a otras en momentos puntuales. Se hace mención al apoyo del fondo común de la respectiva Federación, a la ayuda para la construcción o reparación de monasterios de la Federación o de misiones e incluso al apoyo económico de iniciativas extraordinarias como poner en marcha el “Carmelo de Acogida” en el caso de la Federación de Castilla.

Acogida de hermanas.

Algunos monasterios hablan de haber acogido a hermanas de otras comunidades por motivos de salud, o de formación. Se da el caso de un monasterio que proporciona ayuda económica y de formación a comunidades del Este de Europa. Las Federaciones que conocen la experiencia de la supresión de comunidades hablan de la buena acogida de las hermanas en sus nuevas comunidades.

Ayuda de personal.

Varias comunidades conocen la experiencia de haber ayudado temporalmente con personal a comunidades más necesitadas ya sea para la formación, asesoramiento o para potenciar la vida de la comunidad.

Respecto a los pobres:

La forma de compartir los bienes es variada. Pero más que grandes proyectos son acciones que reflejan nuestra sensibilidad contemplativa respecto al tema de los más necesitados.

Acogida y ayuda inmediata.

Muchas comunidades hacen referencia a la forma clásica de acogida y ayuda inmediata, dando alimentos, dinero y ropa, a las personas necesitadas que se acercan a nuestras casas. También se les ofrece orientación hacia otros lugares en los que encuentren alguna posibilidad de trabajo u otro tipo de ayuda social.

Ayuda económica.

La alusión a las ayudas económicas es constante. Según los ingresos, se tiene una cantidad mensual fija para colaborar con las instituciones de la Iglesia ya sea de ayuda a las misiones o de promoción social; también se ayuda económicamente a otras instituciones y ONGs con ideario cristiano. Se

habla también de ayuda a nuestras familias en casos de seria necesidad. Algunas comunidades comentan que la relación con los misioneros y con los organizadores de ciertas instituciones de caridad contribuye a que conozcamos de primera mano sus necesidades y proyectos, haciéndonos más conscientes de las injusticias crecientes que fomenta nuestra sociedad tan competitiva como inhumana. El afecto y la cercanía son también modos no desdeñables de ayuda y relación con los marginados.

Hospederías.

Las comunidades que tienen hospederías hablan de su experiencia de servicio a la diócesis y nos dicen que han acogido en no pocas ocasiones, a ciertas personas necesitadas dándoles hospedaje y escucha sin pasar honorarios.

Otras formas.

Otras hablan de su experiencia sobre la «misión» de mentalizar a personas influyentes o acomodadas para que sean solidarias y ayuden a los pobres. Algunas comunidades muestran una gran sensibilidad por el tema social, una en concreto, hace alusión a la experiencia de dar trabajo a «los sin papeles» intentando ayudarlos en su integración en la sociedad regularizando su situación. Más de una comunidad conoce la experiencia de recogida y reciclaje y selección de ropa para colaborar con ONGs o enviarla a misiones.

Lo anteriormente reflejado, sólo son referencias sueltas de una realidad de fondo: el deseo sincero de vivir desde nuestra opción de vida el voto de pobreza evangélica que nos acerca al mundo de los más pobres y necesitados.

[Volver](#)

[1] VC, 90

[2] C 1,5

[3] “Grandes muros son los de la pobreza”

[4] Santa Teresa de Jesús, C 1,2

[5] C 1,2

[6] St 3,18

[7] Sal 145

[8] Fl. 2,7

[9] Hch 4,32

[10] Cta 30 mayo1582, a Ana de Jesús

[11] Mt. 6,21

[12] Cf. 1Cor. 14,12

[13] Lc 12,15

[14] Flp 2,6ss

[15] Jn. 17, 21

[16] 2Cor 8,9

[17] Cf. E.T. 20

[18] Mt 8,20; Lc 9,58

[19] Cf. Flp. 2,6-11

[20] Cf.GS. 1,1

[21] “Grandes muros son los de la Pobreza” pág.28

[22] Vat. II . PC. 13

[23] Cf. Mt 25, 40.

[24] Vida Fraterna en Comunidad, 63

[25] Cf. VC.82

[26] 2 Cor 8,9

[27] Hch 4,32 ss; 2,44-45

[28] Const. “Primitivas” que Santa Teresa de Jesús dio a las Carmelitas Descalzas (1567-1568) n. 9

[29] Jn. 12,8

[30] Sta. Teresa de Jesús, C 10,5

[31] 2Co 8,9

[32] G. Gutiérrez. “Beber en su propio pozo”

[33] Carta a la M. María de Jesús, 18 Julio 1589.

[34] E.T. 20

[35] Sta. Teresa de Jesús. 5 M 3,11

[36] Diccionario Teológico de la Vida Consagrada. Ed. Claretianas. Madrid 2000

[37] 2Co 8,9

[38] S. Juan de la Cruz. Cta.8.07.1589, a la M. Leonor de S. Gabriel

[39] Cf. Dichos de luz y amor, n. 26. Constituciones 1991, n. 31

[40] S. Juan de la Cruz. Cta.8.02.1588, a la M. Leonor Bautista.

[41] Sta. Teresa de Jesús C 2,9

[42] Cf. Flp.2,5

[43] Sta. Teresa de Jesús V 35,3

[44] S. Juan de la Cruz 1S 13,4

[45] Jn 4, 34

[46] S. Juan de la Cruz Cta. del 18.7.1589 (A la M. María de Jesús)

[47] Ib.

[48] 1S 13,6

[49] Sta. Teresa de Jesús C 11,3

[50] Cf. C 4,4

[51] S. Juan de la Cruz, 3S 32,1

[52] Sta. Teresa de Jesús, C 2,1

[53] Cf. Jn 2,1 ss.

[54] Sta. Teresa de Jesús, C 2,3

[55] Cf. Mt. 6,31-33

[56] Cf. Constituciones 1991, n.31

[57] Cf. Hch. 4,32

[58] Sta. Teresa de Jesús, C 16,2

- [59] V 5,4
- [60] V 35,11
- [61] CV 2,10
- [62] Cta. A la M. María de san José. Princ. de septiembre de 1578
- [63] El subrayado es nuestro.
- [64] Juan de la Cruz. “Dichos de Luz y Amor”, 26 ss.
- [65] Ms B 1rº.
- [66] Ofrenda al Amor Misericordioso. 11 junio 1895
- [67] UC.6.8.4
- [68] Ms B 4rº.
- [69] Diario. 20 Marzo 1899
- [70] Ib. 2 de Abril 1899.
- [71] Cf. Cta. A la Srta. Germana Gémeaux, Octubre 1906.
- [72] Carta a su hermana Margarita. 5 enero 1905
- [73] Elevación a la Santísima Trinidad. 21 Nov. 1904
- [74] UE día décimo. Agosto 1906
- [75] Testimonio de las Monjas. *Recuerdos*. 2ª Ed. Tolosa 1929.
- [76] Obras Selectas. 1ª profesión H. Miriam
- [77] Edith Stein. Obras completas . Tomo V. *Escritos Espirituales. Meditaciones: Dichosos los pobres en el espíritu*. Ed. Monte Carmelo
- [78] Ib.
- [79] Ib.
- [80] Ib.
- [81] Ib. Apuntes de los ejercicios de 1937
- [82] Edith Stein. “*La Ciencia de la Cruz*”
- [83] P. Lucinio del SS. Sacramento. *Abscondita*. EDE 1959
- [84] Teresa de los Andes. “Diario espiritual”
- [85] Teresa de los Andes. Cta. 56,4
- [86] San Juan de la Cruz. CB 15
- [87] Constituciones Primitivas 1567-68, n.9
- [88] Ib. n. 24
- [89] Col. 3, 3
- [90] Mt.19,29
- [91] Cf. Constituciones 1991, n. 31